

gos que habían peregrinado a China trajeron consigo al regresar las semillas y los huevos correspondientes, ocultándolos en el hueco de sus cayados. El cultivo de ambas especies se propagó por las provincias del imperio, sobre todo en el Peloponeso, dando origen a una floreciente industria textil.

¹⁷ Situada en la llanura de Elide que riega el río Alfeo, junto a la colina de Cronos en el Peloponeso noroccidental, Olimpia era al principio una localidad consagrada exclusivamente a officiar sacrificios a los dioses, por cuya razón sólo sacerdotes moraban ahí en forma permanente. Como es sabido, en ella realizábanse cada cuatro años, durante el verano, los famosos juegos, acerca de los cuales existen inscripciones desde 776 a.C., aun cuando sus inicios se remontan hasta la prehistoria de Grecia, confundién dose con los orígenes míticos de las primeras estirpes helénicas.

Según es conocido, también, en los tiempos prehistóricos la invasión de los dorios, presumiblemente ocurrida en el siglo xii, puso fin a la supremacía de los aqueos, quienes fueron desplazados de Grecia Central, yendo algunas tribus de ellos a establecerse en los llanos ribereños de Pisa, al oriente de Olimpia. Por su parte, tribus etolias venidas con los invasores sentaron dominio en las mismas vecindades, en Elide, mientras los dorios proseguían rumbo al sur del Peloponeso. A partir de entonces, pues, élides y espartanos disputáronse la organización de las justas olímpicas, limitadas al comienzo a la participación de estas tres ciudades. Empero, tras la destrucción de Pisa en 572 a.C., el privilegio de administrar los juegos fue asumido por Elide, ciudad que ofrecía garantías de independencia y libertad al resto de los estados griegos merced a su poca importancia, a su falta de gravitación política y a su neutralidad.

Con el tiempo, todas las ciudades griegas enviaban delegaciones a las competencias de Olimpia, incluso las colonias de ultramar, de modo que en el siglo v a.C. era usual ver congregados ahí a no menos de cincuenta mil varones. Estos certámenes ejercieron una influencia moderadora sobre los estados griegos y contribuyeron sobremanera a su identidad cultural. Y esto porque Olimpia no era un lugar donde se hicieran solamente ejercicios deportivos: en efecto, además "allí se encontraban viejos amigos y se hacían nuevas amistades; se establecían contratos entre negociantes y pactos entre políticos; los padres buscaban a jóvenes de buena alcurmia para sus hijas casaderas; los asistentes oían novedades de todas las partes de Grecia, intercambiaban ideas sobre arte y filosofía, literatura y educación, visitaban los nuevos edificios y admiraban nuevas obras de arte. En el transcurso de los siglos, cuando los Juegos Olímpicos habían alcanzado una importancia especial para toda Grecia, Olimpia se transformó en un lugar de reunión para las personas más destacadas en la vida pública, las artes y ciencias y cultura en general; y esas reuniones lograron ejercer una influencia unificadora sobre el pueblo griego, desunido por querellas internas".

Después del triunfo obtenido sobre los persas, en Olimpia adquirió un auge sin precedentes la construcción de edificios: así, entre 468 y 456 a.C., se alzó en las inmediaciones del bosque de Altis el gran templo a Zeus —cerca de su antigua era—, obra de estilo dórico debida al arquitecto élide Libón; en su interior el santuario albergaba una estatua

monumental del dios esculpida por Fidias, de oro y marfil. Más tarde, luego que Filipo II derrotara a tebanos y atenienses, en Olimpia se levantó el edificio Filipeon, según modelo jónico, y dentro de él se pusieron estatuas de los miembros de la familia real macedónica, entre otras una consagrada a Alejandro, hecha de oro y marfil, también. Los monarcas macedones estuvieron vinculados con Olimpia desde los tiempos del primer Alejandro, llamado el Filoheleno, que reinó de 498 a 454, y quien había sido invitado a los juegos en virtud de su linaje helénico indiscutible y por la ayuda que le prestara a los griegos durante las guerras médicas. Posteriormente, Alejandro Magno, aunque se negara a tomar parte él mismo en esas lides, "al no tener reyes por contendores", comprendiendo su significación para los estados griegos, las estimuló y promovió en el carácter de fiesta panhelénica que revestían, según ocurrió, por ejemplo, con ocasión de la olimpiada 114, cuando procedió a proclamar la paz entre las ciudades griegas y a conceder amnistía a los exiliados políticos. Dentro de su política civilizadora orientada a helenizar los pueblos conquistados, organizó en ellos encuentros atléticos y culturales, como el festival de gimnasia, música y poesía que celebrara en Menfis después de ocupar Egipto, con el concurso de notables artistas venidos de Grecia con esta finalidad, o como los torneos gimnásticos y ecuestres que realizó antes de pasar el río Indo, en 327, o, en fin, como las fiestas y representaciones dramáticas que llenaron las bodas de Susa, en 324. Véase Heinz Schöbel, *Olimpia y sus juegos*, trad. por Idiomatik, México, Ed. Uteha, 1968; Fotios Malleros, "Génesis y evolución de las olimpiadas" (inédito).

¹⁸ Pequeña ciudad de unos cuatro mil habitantes situada un poco al noreste de la desembocadura del río Peneo, y cuya existencia data desde el siglo ix d.C. Durante el dominio de los francos en Grecia constituyó un feudo, y en tiempos de la turcocracia fue capital de Elide.

¹⁹ Evocación de Ulises sembrando la muerte entre los pretendientes de su fiel Penélope (*Odisea*, xii). Plutarco (ix) refiere que, con ocasión de esas nuevas bodas de Filipo, el año 337, Alejandro montó en cólera, ofendido por las palabras que profiriera Atalo, tío de la novia, quien, embriagado, "exhortaba a los macedonios a que pidieran a los dioses les concedieran de Filipo y Cleopatra un sucesor legítimo del reino".

²⁰ Tribu pagana formada de cazadores y guerreros nómades de origen turco, los cuales en el siglo i abandonaron las inmediaciones del mar Caspio para moverse hacia occidente, llegando hasta las márgenes del Danubio. Establecidos en Moldavia y Valaquia, muchos de ellos recibieron el cristianismo, y en el siglo xi entraron en contacto bélico con el Imperio bizantino. La irrupción a Europa de los mongoles, doscientos años después, dispersó a los kumanos por varios países, como Rusia, Hungría, Bulgaria y Egipto, desempeñando en algunos de éstos un importante papel histórico hasta los tiempos de la conquista otomana. En Bulgaria, por ejemplo, fundaron dinastías y otro tanto hicieron en Egipto, pues de ellos salió la dinastía Bahri de los sultanes mamelucos. Los últimos restos de este pueblo, que conservaban aún su identidad nacional, buscaron refugio en Servia meridional, donde la ciudad de Kumanovo perpétua su memoria.

En el mito se debe confundir a los kumanos con los tribalos o tribalios, pueblo tracio que ocupaba las tierras danubianas situadas entre el río y los montes Hemos. Estos tribalos, presionados por los celtas, se habían visto forzados a moverse hacia el sur, a través de Bulgaria actual, convirtiéndose en amenaza para Macedonia y llegando a atacar e incluso a herir a Filipo, así que Alejandro, por venganza y a fin de consolidar las fronteras septentrionales antes de la ida a Persia, se lanzó sobre ellos, persiguiéndolos hasta el Danubio y aplastándolos junto con su príncipe Sirmo; de paso sometió a los getas, los odrisios y otros, con lo que dejaba afianzada la hegemonía macedónica en esos lugares. Contingentes numerosos de tales tribeños fueron enrolados en el ejército que luego iba a conquistar Asia.

²¹ Pelagonia era un antiquísimo país de Macedonia que, según Homero (*Iliada*, xxi, 140-145), debía su nombre al héroe Pelagón, hijo del río Axios "de ancha corriente . . . y profundos remolinos". Los pelagónicos, emparentados con los pelagos, al comienzo habitaban las comarcas del curso superior de aquel río, al noreste de Pella, y más tarde fueron obligados a trasladarse al valle del Erigonos. Durante los tiempos macedónicos, ellos carecían de importancia y poder y se entregaron a Filipo II, dependiendo en lo sucesivo de ese estado hasta la dominación romana en 168 a.C.

En este episodio del mito se hace rey de Pelagonia a Anaxarco, ese sofista contemporáneo y amigo de Alejandro que lo siguió al Asia para satisfacer sus anhelos de conocimiento, según supone la tradición popular antigua. Individuo servil y adulator, oficiaba de consejero del rey, instándolo, por ejemplo, a que se endiosara y adoptase, en el trato con sus súbditos tanto griegos como extranjeros, las costumbres persas, como ser la de que éstos se prosternaran en presencia suya. Por tal razón, Anaxarco enemistóse pronto con el historiador Calístenes, hombre culto y ecuánime que, aun cuando admiraba mucho a Alejandro, se dio el coraje de oponerse a la orientalización de éste. Véase *Gran Enciclopedia Helénica*, t. xix, p. 870 y sig.; Arriano, iv, 9, 7; iv, 10, 6 y iv, 11, 1.

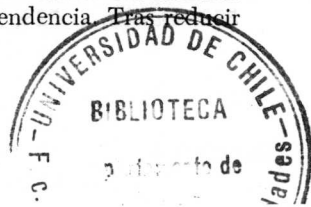
²² Como le sucedió a Paris al ver a Helena.

²³ *Proverbios*, 5, 20 y especialmente 6, 26-32.

²⁴ Mesta o Nestos, río de Macedonia procedente de Bulgaria, que recorre 138 km. en territorio griego y desemboca al este del golfo de Kavala. Por la ubicación del río, el episodio puede relacionarse históricamente con las expediciones militares ordenadas por Filipo al oriente contra sus enemigos tracios y las satrapías microasiáticas, en un intento por detener a los persas y prevenir la próxima avalancha que presentía ellos iban a dejar caer otra vez sobre occidente y el reino de Macedonia.

²⁵ Filipo II fue asesinado de una cuchillada durante el otoño de 336 por el joven cortesano Pausanias, en Aigai, antigua residencia real, mientras se celebraban las bodas de Cleopatra, hermana de Alejandro. Excavaciones arqueológicas practicadas recientemente en la localidad de Vergina, sobre el río Aliacmón, en Macedonia occidental, han permitido exhumar los restos de su tumba.

²⁶ Con este nombre Filipo II rebautizó la antigua y pequeña ciudad macedónica de Crinides, en 358 a.C., cuando fue invitado a socorrerla del ataque de los tracios que amenazaban su independencia. Tras reducir



a los atacantes, Filipo fortificó la plaza y la exornó con variados edificios, hizo construir calles, aumentó la población y explotó sus minerales auríferos. La ciudad, que se alza al pie del cerro Pangaio, sobre un paraje montañoso al noroeste de la antigua Neápolis (actual Kavala), gozó de prosperidad durante varios siglos y cuando vino la ocupación romana encabezaba una confederación de cuatro ciudades independientes; su florecimiento duró hasta el siglo xv de nuestra era. Consérvanse de ella antiquísimas monedas metálicas, ruinas de las murallas, del anfiteatro, del ágora y de templos paganos y cristianos. En Filipo se exilió Tucídides y ahí se quitaron la vida los republicanos romanos Marco Bruto y Casio, luego que los derrotaron Antonio y Octavio, en 42 a.C. Finalmente, fue en Filipo también donde San Pablo ofreció su primera prédica europea. Véase *Gran Enciclopedia Helénica*, t. xxiii, pp. 941-2.

²⁷ Por heládicos se entiende a los habitantes de Tesalia y Epiro, designados en la antigüedad con este nombre. Véase Fotios Malleros, "El origen de los términos 'griego' y 'helen'", en diario "La Segunda" de Santiago, 2 de agosto de 1979.

²⁸ Seguramente se trata del hijo de Parmenión, Filotas, "el de mayor autoridad y dignidad entre los macedonios, porque había dado pruebas de valor y sufrimiento; y en cuanto a dadivoso y amigo de sus amigos, ninguno más que él después de Alejandro". Filotas capitaneaba la caballería de los hetairos y desde joven había sido "uno de los más íntimos amigos" del príncipe macedón. Más tarde cayó en desgracia ante éste, que ordenó matarlo, haciendo luego lo mismo con su padre, "anciano compañero de Filipo en las más de sus empresas". Véase Plutarco, XLVIII y ss.

²⁹ Tres Antíocos tuvieron figuración en el ejército de Alejandro: a) el Antíoco toxarca, jefe de los arqueros; b) el Antíoco ilarca, jefe de una brigada de caballería de hetairos, y c) el Antíoco ciliarca de hipaspistas, comandante de un cuerpo de infantería intermedia entre la pesada y la ligera. Véase Arriano, ii, 9,2 y iii, 5,6; iii, 11,8; y iv, 30, 6, respectivamente.

³⁰ General que mandaba la infantería pesada dentro del ejército de Alejandro, en la parte de ella formada por los aliados.

³¹ Los infantes de Alejandro llevaban canilleras.

³² Darío III Codomano subió al trono del Imperio persa el mismo año 336 y por los mismos días en que fue asesinado Filipo y Alejandro ocupaba su lugar. En el mito se confunde, pues, a Darío III —"hombre más apegado a su mujer y a sus hijos que al trono y al imperio"— con Darío I Histaspes (521-485 a.C.), quien había sometido Macedonia y exigido de su rey Amintas I (540-498 a.C.) "el homenaje de la tierra y del agua", que éste concedió; posteriormente sus ejércitos serían vencidos por los griegos en Maratón.

³³ Hijo de Cronos y Rea, Hades es el dios de los abismos subterráneos que reina entre los muertos y que gravita también permanentemente sobre los vivos, recordándoles las penas que esperan a cuantos transgreden la justicia, a los perjuros y culpables, en general. Por estas dos razones la gente le teme hasta el punto que rehúye mencionar su nombre. El reino de Hades, llamado Erebo con frecuencia (*Iliada*, viii, 368; ix, 572; *Odisea*, x, 528; xi, 37, 564; xii, 81), se sitúa en las profundidades

terrestres, aislado del mundo por "grandes ríos, impetuosas corrientes y sobre todo el Océano", entre aquellos el Estigia y el Aqueronte, que cruzan las almas de los difuntos conducidas por el barquero Caronte. Recepcionista y guardián de esas lóbregas moradas es el can Cerbero, temible monstruo de múltiples cabezas, cuyo papel consiste en impedir la salida a quien penetre allí. Fue a este tenebroso dogo que Heracles debió someter en el último de sus doce trabajos memorables.

Del nombre de la deidad llámase Hades la región, asimismo, lugar desolado, gélido y triste. Es usual identificar el Hades con el Tártaro, pero en tanto a éste se lo concibe como el sitio en donde se impone suplicio a los "criminales empedernidos", como la inmutable residencia "infernál" y sempiterna de todos los extraviados (véase nota 111), la idea del Hades, en cambio, fue evolucionando y el propio nombre del dios fue perdiendo preeminencia hasta ser progresivamente sustituido por el de Plutón, divinidad provista de otros atributos, dios nutricio que fecunda la tierra y le regala a los hombres las riquezas del subsuelo. San Mateo (16, 18) identifica el Hades con el recinto del mal, el pecado y la muerte, fuerzas negativas de las cuales la Iglesia de Jesús libra a los elegidos. En el Antiguo Testamento el Hades griego equivale al Seol hebreo, concepto que "designa las profundidades de la tierra, adonde bajan los muertos, buenos o malos, para una lúgubre supervivencia". *Números*, 16, 33; *Job*, 7, 9, 14, 13; *Los Salmos*, 6, 6. En el *Libro de la Sabiduría*, I, 1, 14, se emplea con otra significación.

Por su parte, el historiador judío Josefo, que escribió en lengua helénica, al exhortar a los griegos gentiles a ceñirse a una existencia virtuosa, describe el Hades como "una región subterránea, donde no brilla la luz de este mundo . . . , lugar de custodia de las almas, donde ángeles designados de guardianes de ellas les infligen castigos provisorios, correspondientes a las conductas y maneras de cada cual . . . Hay ahí cierto espacio apartado, una especie de *lago de fuego inextinguible*, al que suponemos nadie ha sido arrojado aún, pero que está pronto para un día predeterminado por Dios, cuando todos los hombres serán merecidamente sometidos a un justo juicio". Dos secciones se distinguen en el Hades: a) una a la derecha, zona de luz, morada de los justos desde el principio del mundo, a la que los ángeles, entonando himnos, conducen las almas de los buenos, quienes, felices, esperan el momento de ir a disfrutar de una vida nueva y eterna en el *cielo*, el cual reemplazará a ese recinto, que es denominado *Pecho de Abraham*; y b) otra a la izquierda, adonde otros ángeles arrastran a viva fuerza, con violencia, a los injustos, hasta dejarlos en las proximidades mismas del infierno, de modo que pueden oír sus ruidos y sentir el ardiente vapor que emana.

Así, el Hades es imaginado como una etapa transitoria que deberán conocer las almas de todos los hombres hasta una fecha establecida por Dios, cuando El haga resucitar a los muertos y le restituya a cada cuerpo su alma: el cuerpo de los buenos lo devolverá en estado de pureza e incorruptibilidad, y el de los malos, cargado de las enfermedades que lo hicieron morir. Probos y malvados sabrán, pues, de la justicia divina, sin excepción. Véase "An extract out of Josephus's discourse to the Greeks concerning Hades", en *The Works of Flavius Josephus*, trans.

by W. Whiston, A.M. Edinburgh, W.P. Nimmo, Hay & Mitchell, s/a, p. 637 y sig.

³⁴ Es Yahvé Sebaot, Señor de los Ejércitos, "no sólo ni principalmente de los ejércitos de Israel, sino también de los otros, de todas las fuerzas cósmicas". *Samuel, I, 3* (*Biblia de Jerusalén*. Ed. española, dirigida por J.A. Ubieta. Madrid, Aldus S.A., 1971, nota p. 373). En el mito, resulta natural que Alejandro conquistador esté todo el tiempo encomendándose al Señor de los Ejércitos y obteniendo de éste el apoyo necesario para sus victorias.

³⁵ Profeta del Antiguo Testamento, descendiente de Exequiel. Incluido entre los doce profetas "menores", enseñó durante los principios del reinado de Josías (638-608), esto es "inmediatamente antes que comenzara el ministerio de Jeremías". Defensor de los pobres y los humildes, el tema de sus prédicas, llenas de pasión, es la llegada inminente del "día del Señor", o sea del día en que El ha de juzgar a los habitantes de Judá, sobre todo a sus dirigentes corrompidos y descreídos, lo mismo príncipes que jueces, profetas que sacerdotes. Pero también el día de Yahvé será de misericordia para los pueblos, que "aprenderán a invocar el nombre del Señor".

³⁶ Recibe el nombre de Alamana el territorio costero del golfo Maliaco, en las vecindades del paso de las Termópilas. Sin duda en el mito se debe hacer referencia a los habitantes de este país y no a la tribu germana de los alamanes, quienes invadieron la provincia romana de Galia durante el siglo III d.C.

³⁷ Filósofo cínico de Atenas, discípulo de Gorgias y maestro de Diógenes de Sinope, es quien primero defiende la idea monárquica, en la que ve la única solución al problema de poner fin al espíritu localista de las ciudades-estados, reemplazando a éste por el "cosmopolitismo" que conduciría a la unión panhelénica. Véase A.B. Daskalakis, *ob. cit.*, p. 193, nota 1.

³⁸ En su huida de vuelta a Sardes, tras la derrota de Salamina, Jerjes cruzó Macedonia dejando al paso en el largo trayecto masas de cadáveres de entre las huestes informes que lo seguían, diezmadas por el hambre y las epidemias y destrozadas por las flechas de los lugareños. El río a que se alude en el texto es el Estrimón. Véase Heródoto, viii, 115 y ss.

³⁹ Una de las más populares anécdotas de Alejandro, es la que difundió Plutarco (xiv, 1-3) y que se refiere al conocimiento de aquél con Diógenes el Cínico. Durante su estada en Corinto se acercaron al príncipe macedón a felicitarlo y hablarle muchos políticos y filósofos, y como sólo Diógenes no lo hizo y ni siquiera se puso de pie, permaneciendo cual estaba tendido al sol, el propio Alejandro decidió ir a su encuentro y, "parándose frente a él con sus hipaspistas y sus amigos le preguntó si necesitaba algo. Diógenes dijo que no tenía necesidad de ninguna otra cosa, pero mandó que se apartaran del sol (al que ensombrecían), tanto el mismo Alejandro como los suyos" (Arriano, vii, 2,1). Lleno de admiración, Alejandro exclamó: "Si no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes", respuesta que ha merecido variados comentarios interpretativos. "De todos modos, este episodio famoso en la antigüedad, en cuanto es susceptible de considerarse como perteneciendo

a la órbita de lo real, testifica la poderosa influencia que ejerció la filosofía griega sobre el pensamiento y los sentimientos de Alejandro". A.B. Daskalakis, *ob. cit.*, p. 62. En cuanto al recuerdo que hace Diógenes de su estada en Olimpia, preciso es señalar que era uno de los más asiduos concurrentes a los juegos.

⁴⁰ Este nombre debe haber sido incorporado a alguna de las versiones posteriores del mito y recuerda a Uranios, quien sucedió por el año 370 a Audeo, fundador de la herejía cristiana llamada antropomorfismo. Esta doctrina rechazaba todo el ritual del culto católico y atribuía a Dios cualidades corpóreas. Sus seguidores evitaban relacionarse con los eclesiásticos y llevaban una existencia rigurosamente ascética, confinados dentro de sus monasterios en las partes desérticas de Siria y Egipto.

⁴¹ La hábil estratagema del "caballo de pulimentada madera, cuyo interior ocupaban los mejores argivos para llevar a los troyanos la carnicería y la muerte". *Odisea*, iv, 270-275.

⁴² Recuerda a Casandra, quien recibió de Apolo el don adivinatorio mas no el persuasivo, por cuya razón nadie daba crédito a sus predicciones.

⁴³ En las proximidades del santuario de Apolo en Delfos, "ombligo de la tierra", brota de las rocas Fedriadadas el manantial de Castalia, en cuyas transparentes aguas purificábase la Pitia, intermediaria del dios ante los hombres que iban a consultar el oráculo. Durante los tiempos helenísticos y romanos se pensaba que el agua de esta fuente tenía la propiedad de estimular la inspiración lírica, debido a lo cual la visitaban los poetas, como morada de Apolo y de las Musas. Hoy las puras aguas continúan manando en Castalia, de la que el helenista chileno Miguel Luis Rocuant explica así el origen: "Esta fuente era una ninfa. Su belleza y su gracia sedujeron a Apolo, y como la metamorfosis era uno de los medios que tenían los dioses de inmortalizar a los mortales, el enamorado divino la convirtió en manantial". *En la barca de Ulises*. Segunda edición. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1936, p. 209.

⁴⁴ Se aplica a Atenas la ensañada destrucción de Tebas por Alejandro y sus aliados en 335, represalia que apaciguó a la Hélade, consolidando la hegemonía macedónica sobre el país.

⁴⁵ Aparte la breve campaña al Danubio con el objeto de pacificar a las tribus fronterizas de Macedonia (véase nota 20), las conquistas de Alejandro no se extendieron allende el Egipto y las tierras asiáticas hasta el Indo. La explicación es preciso buscarla o en la muerte temprana que puso brusco término a su carrera, o en la probabilidad de que nunca hubiera concebido planes de expansión occidental o ecuménica. Lo concreto es que, según afirma W.W. Tam (*ob. cit.*, p. 423), "desde entonces ningún hombre ha poseído tan incuestionablemente el poder más fuerte sobre la tierra, de modo que, de habérselo propuesto, habría podido conquistar Cartago y Roma". Muy pronto, la veloz difusión de la fama de ese impresionante poderío suyo indujo a todo el mundo a buscar su amistad, multiplicándose los emisarios que iban a visitarlo desde los países más distintos y distantes. Arriano (vii, 15, 5), por ejemplo, cuenta que, cuando volvía a Babilonia, salieron a su encuentro embajadores libios, quienes "lo congratularon y coronaron como conquistador del reino de Asia", y que igual razón movió a delegados procedentes de diversos

lugares de Italia. También "se dice que, por ese tiempo, los cartagineses le mandaron una embajada, y se asevera, asimismo, que llegaron delegados a pedirle su amistad de parte de los etíopes, de los escitas de Europa, de los galos e iberos, naciones cuyos nombres eran oídos y cuyas vestimentas vistas por vez primera por griegos y macedonios; dícese, en fin, que ellos confiaron a Alejandro la tarea de dirimir sus disputas mutuas. Así, de verdad resultaba totalmente evidente, tanto para éste como para quienes lo rodeaban, que él era señor de toda la tierra y del mar. De aquellos que escribieron la historia de Alejandro, sólo Aristo y Asclepiades sostienen que también los romanos le enviaron una embajada, y que al enfrentarla predijo algo del futuro poder de Roma, reparando en el atavío de los hombres, en su amor al trabajo y en su devoción a la libertad, y haciendo, al mismo tiempo, acuciosas averiguaciones acerca de su constitución política. Este acontecimiento lo he registrado ni como ciertamente auténtico ni como totalmente increíble; pero ninguno de los escritores romanos menciona jamás el envío de tal embajada a Alejandro . . . ; tampoco parece probable que la República romana, notable en ese entonces merced a su amor a la libertad, dirigiese una embajada a un rey extranjero, sobre todo a un punto tan alejado de su propio suelo, máxime cuando no la obligaba el temor o el interés de obtener una ventaja, estando poseída, como estaba, y en mayor medida que cualquier otro pueblo, del odio contra el mero nombre y la raza de los déspotas".

Quinto Curcio, por su parte, cuya obra "está situada en el exacto límite entre la historia y la novela", y cuya narración "se dirige, más que nada, a la fantasía y el sentimiento", no titubea en revelarnos los pasos próximos que Alejandro había decidido dar, una vez vuelto de la India: Con aquel su infatigable espíritu, "tenía resuelto el haber sujetado toda la región marítima del Oriente, pasar de Siria a Africa para abatir el orgullo de Cartago, a quien miraba como a enemiga, y desde ella, atravesando los desiertos de Numidia, tomar la derrota a Cádiz, donde era fama que estaban las columnas de Hércules; pasar luego a España, a quien los griegos llaman Iberia, del nombre del río Ibero; encaminarse después a los Alpes y a las costas de Italia, desde donde hay corto espacio a Epiro" (x, 1, p. 129). También Arriano (vii, 1, 1-4).

⁴⁶ Nombre de dos pueblos pertenecientes a la provincia de Heraclion en la isla de Creta.

⁴⁷ Existen los pueblos de Riaki, perteneciente a la provincia de Kozani en Macedonia Occidental, y de Riakia, en la provincia de Tesalónica, al norte del monte Olimpo.

⁴⁸ El "amo de los profetas" no se presentaba en sueños sino que respondía exclusivamente por mediación de la Pitia, sacerdotisa suya. Esta pronunciaba palabras imprecisas que luego eran compuestas por los sacerdotes en oraciones dotadas de sentido. Tales frases las explicaban finalmente los exegetas, encargados de entregar el oráculo a los consultantes. Dentro de la tradición judía, en cambio, los sueños usualmente constituían el vehículo de comunicación de Dios a los hombres.

⁴⁹ Durante siglos el pueblo hebreo y los cristianos guardaron memoria de la caída de Judea en poder de Babilonia (604 a.C.) y de la destrucción implacable de Jerusalén ordenada por Nabucodonosor (586), pues entonces fueron incendiados el Templo de Salomón y el palacio

real, y su tesoros y reliquias sagradas trasladados a la capital mesopotámica, cumpliéndose así el dramático anuncio del profeta Jeremías. Posteriormente, cuando Babilonia y Judea pasaron a formar parte del Imperio persa de Ciro, este monarca no sólo proveyó los medios para reedificar Jerusalén y el Templo, sino que devolvió, además, a los judíos sus riquezas y objetos sacros, entre los cuales, tal vez, se encontrara también "la gran capa salomónica que había vestido el rey Nabucodonosor y que los romanos ofrendaron a Alejandro".

⁵⁰ Al comienzo Sibila fue un nombre propio que pasó después a usarse como sustantivo. Sus orígenes se remontan al período preclásico, entonces cuando proliferaban en Grecia y Asia Menor diversos movimientos religiosos y surgían numerosos profetas. Entre éstos adquirió singular popularidad Sibila de Marpeso, la cual habría recibido inspiración de Apolo. Merced a su prestigio adivinatorio, ampliamente difundido, muchas ciudades se disputaron su paternidad —según ocurrió con Homero— y reclamaban el honor de haberla hospedado y de ser la patria de otras Sibilas también, dotadas de similar fuerza predictiva. La fama de las Sibilas perduró siglos, pasando a Occidente, donde destacó Sibila de Cumas, amada por Apolo, quien le dio el don de augurar y la dotó de una larga vida. Esta visionaria, por orden del senado romano, era consultada en asuntos importantes de estado y sus oráculos, escritos sobre hojas de palmera, se guardaban en el templo de Júpiter Capitolino de Roma. Se supone que fue ella quien ofreció vender a Tarquino el Soberbio, último monarca romano antes de la República, nueve libros proféticos que describían el futuro de la ciudad. Existen, asimismo, los oráculos sibilinos, que son escritos apocalípticos debidos primero a judíos y luego a cristianos, y que responden a un esfuerzo de ellos por atraer hacia sus respectivas religiones a la población gentil. En lo formal imitan a los libros sibilinos paganos, revelando así el grado de helenización externa recibida. Véase *Enciclopedia Británica*, 1959, t. xx, p. 602.

⁵¹ Admirable ejemplo del poder profético de la imaginación popular, ya que se trata de Cleopatra VII, la celebrada reina de Egipto (51-30 a.C.), posterior a Alejandro en casi trescientos años. Con ella tocó a su fin la dinastía ptolemeica, fundada por los macedonios en Alejandría tres siglos antes. Esta última soberana de descendencia helénica iba a ejercer "el reinado que más adelante los hombres recordarían más que ninguno otro".

⁵² Modificación del sueño y visiones de Daniel sobre *las cuatro bestias* y especialmente sobre *el carnero y el macho cabrío*, siendo este último Alejandro, "ante el cual cayeron los tres primeros" imperios de los babilonios, los medos y los persas. En seguida, en *la gran visión*, Daniel contempla las dimensiones que iban a surgir entre los continuadores de Alejandro y el aniquilamiento definitivo de su poderío, cuando en *el tiempo del fin* cesa "la abominación de la desolación" helenística.

⁵³ Barbaria, Berberia y Berbera, eran los nombres con que se designaba antiguamente el cuerno peninsular de Africa nororiental, en las costas meridionales del golfo de Adén. Se trata de la posterior Somalia Británica y actual República de Somalia. Existe la opinión de que Berbera, puerto principal de esa zona, fue fundada por los Ptolomeos.

⁵⁴ General al mando del destacamento de hipaspistas reales o “camaradas”, cuerpo de jóvenes nobles que formaban regimientos de infantería semipesada, totalizando tres mil hombres, aproximadamente.

⁵⁵ Se sabe de cinco ciudades asiáticas de los tiempos helenísticos que llevaron el nombre de Seleucia, siendo importante tres de ellas: a) Seleucia de Pieria, región esta última de Asia occidental comprendida entre Cilicia y Siria, y bautizada así tras la muerte de Alejandro, en recuerdo de la Pieria macedónica, patria de las Musas. Esta Seleucia, primera fundación de Seleuco I Nicátor, creador del gran estado helenosirio de Oriente, se levantó en la desembocadura del río Orontes, sirviendo de puerto a Antioquía. Fue bastante famosa por sus monumentos artísticos y sus edificios y un tiempo estuvo en poder de los Ptolomeos de Egipto. De ella zarparon el año 45 los apóstoles Bernabé y Pablo a convertir a Chipre al cristianismo. Su grandeza decayó a partir de la conquista musulmana; actualmente, sobre sus ruinas se asienta el pueblo de Selukiyé.

b) Seleucia de Cilicia, sobre el río Calicadnos (actual Goeksu), construida durante Seleuco I y llamada Traxia Seleucia para diferenciarla de las otras fundaciones homónimas. Entre sus ruinas actuales se conservan las del teatro, numerosas de pórticos y columnas, de una iglesia bizantina, una gran cisterna, muchas tumbas cavadas en la roca y muchos sarcófagos.

c) Seleucia del Tigris, fundada el año 307 por Seleuco Nicátor, al noreste de Babilonia, sobre la margen derecha del Tigris, justo ahí donde termina el canal que une a este río con el Eufrates. Sirvió de capital de las provincias orientales del estado seleucida y más tarde, en 140 a.C., de los reyes partos. Su existencia precipitó la declinación de Babilonia. Fue destruida por los romanos en el año 160 d.C. Véase *Gran Enciclopedia Helénica*, t. 21, p. 643.

⁵⁶ En los tiempos en que dinastas griegos gobernaron el estado heleno de Siria, veintiocho ciudades fueron fundadas o rebautizadas con el nombre de Antioquía, debiendo presumiblemente dieciséis de ellas sus orígenes a Seleuco I Nicátor, quien les asignó esa denominación en homenaje a su padre Antíoco, general de Filipo II de Macedonia. Existieron entre tales Antioquías la de Caria, de Mesopotamia, de Pisidia, de la India, de Pieria, del río Meandro, de Lidia, de Cilicia, de Escitia, del Tauro, etc.; pero la más importante de todas fue la Antioquía sobre el río Orontes, frente a Chipre, en el extremo noroccidental de Siria, mandada a levantar por el propio Seleuco I con el fin de que sirviera de capital al estado, del que iba a serlo sin interrupción durante las casi tres centurias de vida de ese reino helenístico.

De la pujante trayectoria de la urbe, tres etapas tuvieron marcada importancia para la historia de esos tiempos —la helenística (300-64 a.C.), la helenorromana (64 a.C. -325 d.C.) y la bizantina (325-637 d.C.)—, pues entonces aquélla no cesó en su condición de centro radial donde se elaboraban y desde donde salían las ideas y otras obras culturales y de progreso material, alcanzado su renombre hasta la distante China. En efecto, “a partir del día de su fundación, esto es justo desde el año 300 a.C., hasta ese otro cuando la hegemonía del mundo helénico pasó definitivamente a Constantinopla en el siglo VI d.C., vale decir durante ocho

siglos completos, Antioquía, junto con Alejandría, fue la gran metrópoli griega, la ciudad de las artes y las letras, del refinamiento y también de la agitada vida social, que contribuyó casi tanto como su competidora al brillo de la civilización helenística y a la difusión por el mundo del espíritu cosmopolita de los años postalejandrinos".

Comenzando por su fundador, cuya obra prosiguieron sus sucesores dinásticos y después romanos y bizantinos, Antioquía fue embellecida con templos, el más célebre el consagrado al dios Apolo, monumentos, museos, termas, avenidas, bibliotecas, teatros, hipódromo, palacios regios e iglesias del más puro estilo griego-oriental, como ser la *Iglesia dorada*, edificio octogonal construido por Constantino el Grande en 333 y que ganara nombradía en todo el mundo cristiano.

Bullía la ciudad con su heterogénea población de quinientas mil almas, entremezclándose ahí sirios, griegos, judíos y gentes de todas las etnias y con ellos sus diversas lenguas, sobre las que predominaban la local, el arameo, y más aún el griego, conocido por todos como idioma oficial de la administración pública, la cultura y el comercio. Un amplio mosaico de actividades de variada índole imprimía riqueza a la vida cotidiana, que iba transcurriendo entre certámenes artísticos, literarios y deportivos y el despliegue de un vigoroso movimiento económico, cuya conducción compartían griegos y sirios. Punto de enlace —como después fue Bizancio— del tránsito mercantil entre oriente y occidente, Antioquía, considerada la tercera ciudad del mundo después de Roma y Alejandría, era el centro receptor de bienes tales como tejidos, perfumes, alfombras, tapices, sedas, bordados, piedras preciosas, especias y otros artículos destinados a los grandes emporios del Mediterráneo.

Con la llegada del cristianismo, Antioquía —lugar donde, y desde donde, iniciaron su prédica evangélica los apóstoles Pablo y Bernabé— pasó a ser uno de los tempranos hogares de esta doctrina, convirtiéndose luego, una vez caída Jerusalén, en el asiento central de la cristiandad en Oriente. Como bien se conoce, la Iglesia formó su jerarquía durante los primeros siglos de la nueva era, adoptando al objeto tanto la nomenclatura como la división civil introducida en el Imperio romano por Constantino el Grande, y a través de reuniones conciliares, convocadas cada cierto tiempo, fue decidiendo quiénes entre los exarcas u obispos de la ciudad principal de cada diócesis merecían la muy restringida y poderosa dignidad patriarcal. Así, el primer sínodo ecuménico, celebrado en Nicea el año 325, reconoció en un plano de igualdad a tres patriarcas: el obispo de Roma, el de Alejandría y el de Antioquía, al que se le adjudicó jurisdicción sobre todo Oriente. Este patriarcado, sede de más de treinta concilios eclesiásticos y testigo del surgimiento de varias herejías, como el arrianismo y el nestorianismo, debía experimentar desde entonces múltiples cambios relacionados con su extensión jurisdiccional. En efecto, de él se desprendieron, por ejemplo, los patriarcados de Chipre y Palestina, y en la actualidad retiene poco de su antigua importancia, ejerciendo autoridad nada más que sobre Cilicia, Siria (excepto Palestina) y Mesopotamia.

La suerte de Antioquía viró sustancialmente con motivo de las guerras que estallaron entre bizantinos, persas y árabes: en 538 la ciudad

fue destruida por el sasánida Cosroes I el Grande, y parte de su población trasladada a Asiria; en seguida, cuando los árabes invadieron Siria, cayó a manos de éstos, el 637, fecha que señala, además, la aceleración de su decadencia, de la que nunca habría de recuperarse, siendo relegada a la condición de plaza militar y provincial. En el año 969 va a ser reconquistada por el emperador de Bizancio Nicéforo Focás; después se la tomaron los turcos seljúcidas, 1085, y en 1098, con las Cruzadas, se transforma en principado franco del normando Boemundo. El año 1159 volvió, por última vez, a poder de un monarca griego, Manuel Comneno, pues en 1268 sentaron dominio en ella los mamelucos y, finalmente, los turcos otomanos, en 1516.

De esta forma Antioquía, ciudad que mantuvo largo tiempo su carácter griego helenístico, a la que el emperador Justiniano el Grande rebautizara oficialmente con el nombre de Theópolis (Ciudad de Dios), y que mereciera de los modernos, por su estilo esplendoroso de vida, el de "Versalles de Anatolia", desde 1939, en que Siria la cedió a Turquía, no es otra cosa sino el pueblo de Antakieh, donde se albergan unos treinta mil habitantes que hablan mayoritariamente el turco. Véase *Gran Enciclopedia Helénica*, t. iv, p. 889 y sigs.

⁵⁷ Corresponde al emplazamiento de la ciudad de Crisópolis, ahí donde el Bósforo desemboca en el mar de Mármara. Enfrenta a Constantinopla o Bizancio, ocupando la ribera oriental del estrecho.

⁵⁸ Variadas son las tradiciones relativas a la fundación de Bizancio, tanto respecto del año como de quién fue su autor. Lo cierto es que ello sucedió en una época en que los estados-ciudades griegos instalaban apresuradamente colonias en las orillas microasiáticas, y eso ocurría durante el siglo vii a.C. Tal vez el establecimiento se haya debido a colonos de Mégara al mando de Bizas y date del año 658 o del 628 a.C. La ciudad fue alzada en un punto estratégico para el comercio, lugar que ya había sido habitado por frigios, probablemente. Sabido es que, si bien Filipo hizo la guerra a Bizancio, Alejandro no consideró a esta ciudad en sus campañas. Véase Michael MacLagan, *The City of Constantinople*. London, Thames & Hudson, 1968, p. 13 y ss.; Fotios Malleros, *El Imperio bizantino, 395-1204 (historia, cultura, derecho)*. Santiago, Ed. Universitaria, 1951, p. 36 y s.

⁵⁹ Todo este episodio, mezcla profusa de circunstancias, nombres propios y geografías, desarrollóse en realidad durante la segunda mitad del año 325 y corresponde históricamente al viaje de regreso desde la India de las tropas expedicionarias, divididas en tres unidades: la flota que, capitaneada por el cretense Nearco, tenía como misión abrir una ruta marítima que conectara los ríos Indo y Eufrates; el grueso del ejército, confiado a Crátero, que debió ir por el camino de Arajosia y Drangiana; y el resto, alrededor de 30.000 hombres, al mando directo de Alejandro que atravesó el desierto de Gedrosia meridional (Baluchistán).

Por seis largos meses, estas fracciones estuvieron aisladas unas de otras, ignorando cada cual la suerte de sus compañeros, a los que daban ya por muertos. Soldados y marinos por igual debieron soportar dramáticas peripecias, pero ninguno como los que iban con el rey, quienes fueron acosados por el hambre, la sed y las más extremas fluctuaciones

de temperatura, al punto de llegar a perder las tres cuartas partes de sus efectivos en esas áridas e interminables soledades. El anhelado reencontro se produjo al fin en la Carmania, y ahí cada cual, entre lágrimas y risas, dio libre curso al relato de cuanta aventura increíble le había acontecido. En seguida, y conservando la misma formación, volvieron a partir para reunirse esta vez en Susa, a donde llegaron a comienzos del año 324.

⁶⁰ Antiguo puerto sobre la costa fenicia y base principal de operaciones de la escuadra persa.

⁶¹ El asedio de Troya por los aqueos duró diez años.

⁶² Se le atribuyen aquí a Helena las célebres palabras dichas por Teodora de Bizancio el 18 de enero de 532, cuando estalló la revuelta conocida como Sedición de Nika, que hizo peligrar la estabilidad del estado y del propio trono de Justiniano. Entonces la crisis fue superada merced al coraje y la determinación de que dio muestra su imperial esposa: "Si la fuga fuese el único medio de nuestra salvación, preferiría considerarla indigna de nosotros. El hombre ha nacido para morir y aquel que reina jamás debe huir... Si queréis, oh rey, salvaros, nada resulta más fácil: poseemos mucho dinero, allí está el mar y allí los barcos, pero pensad también que acaso podéis salvaros si consideráis que la muerte es preferible a tal clase de salvación. En lo que a mí toca, acepto el antiguo dicho de que el reinado es buena mortaja". Fotios Malleros, "Teodora, emperatriz de Bizancio", en *Bizantion Nea Hellas*, N° 2. Santiago, Ed. Universitaria, 1971, p. 176.

⁶³ Al iniciar la campaña en suelo asiático, Alejandro se detuvo ante las ruinas de Troya, donde ofreció sacrificios a Atenea iliónica y, dejando sus propias armas, tomó las que se guardaban en el templo de la diosa, entre ellas el escudo que había pertenecido a su antepasado y modelo Aquiles, cuya memoria venerada evocó rindiéndole honores y coronando su tumba. Dirigiéndose al "héroe de más breve vida" (*Iliada*, I, 505) llamólo —según cuenta Plutarco (xv)— "bienaventurado, porque en vida tuvo un amigo fiel, y después de su muerte un gran poeta". Las ceremonias religiosas culminaron con torneos diversos, en tanto los habitantes de la región le presentaban ofrendas varias, como ser coronas áureas. Finalmente, Alejandro hizo reconstruir la ciudad, concedióle autonomía, la eximió de obligaciones tributarias y restauró la democracia en ella.

⁶⁴ Según Plutarco, Alejandro tenía "a la *Iliada* por guía de la doctrina militar... y tomó corregida de mano de Aristóteles la copia que se llamaba *la Iliada de la caja*, la que con la espada ponía siempre debajo de la cabecera, según escribe Onesícrito... Habiéndosele presentado una cajita que pareció la cosa más preciosa y rara de todas a los que recibían las joyas y demás equipajes de Darío, preguntó a sus amigos qué sería lo más preciado y curioso que podría guardarse en ella. Respondieron unos una cosa y otros otra, y él dijo que en aquella caja iba a colocar y tener defendida la *Iliada*, de lo que dan testimonio muchos escritores fidedignos". viii, xxvii; también Quinto Curcio, I, 4, p. 24, quien agrega que Alejandro "estimó a Homero sobre todas las cosas de la antigüedad".

⁶⁵ El viaje de Alejandro al oriente fue sin retorno.

⁶⁶ No existe río alguno en Casandra. Ubicada en la saliente occidental de la península Calcídica, la ciudad, con el nombre de Casandria, fue construida en 316 por Casandro, yerno de Filipo, sobre las ruinas o en las proximidades de Potidea, a la que el propio Filipo había destruido en 357.

⁶⁷ Dentro del ejército macedónico destacábanse los hetairos, batallón de caballería provisto de armamento pesado y constituido por los "camaradas" del rey, descendientes directos y comunes de la antigua nobleza y hombres a quienes los monarcas recompensaban por sus servicios y lealtad mediante la concesión de distinciones y fortunas. Fundador de este cuerpo militar se considera a Alejandro II, pero fue bajo el gobierno de su hermano menor, Filipo II, que la unidad alcanzó cabal y eficaz organización. Usualmente estas brigadas se componían de 16 ilas, cada una llevando el nombre de la ciudad de donde se reclutaban sus miembros y teniendo entre 180 a 250 jinetes; y en tanto al comienzo éstos sólo podían ser macedonios, con el tiempo, sin embargo, se alistó a los hijos de familias aristocráticas de otras ciudades griegas, también. Comandante de cada escuadrón de hetairos era el hetairarca.

⁶⁸ Luego de las conquistas de Alejandro en el litoral levantino, Egipto era el último reducto del imperio de Darío en el mar Mediterráneo y estaba gobernado por el sátrapa Masaces.

⁶⁹ A diferencia de los monarcas persas, Alejandro nunca adoptó el título de "rey de reyes".

⁷⁰ Del verbo *πυργοποιεω* = "construir una torre"; *πυργοποιια-ας* = "construcción de una torre". Alude a la edificación de la Torre de Babel, que el *Génesis*, 11, sitúa en "la tierra de Sinar", una llanura de Mesopotamia. El río en cuestión es el Eufrates.

⁷¹ Nada se sabe acerca de la supuesta entrada de Alejandro a Jerusalén. Las únicas noticias existentes proceden de Josefo y no han merecido crédito de parte de los historiadores modernos. Cuenta Josefo que, al saberse en la ciudad del rápido avance de Alejandro, el sumo sacerdote Jaddua, muerto de miedo, mandó a la gente a rogarle a Dios y ofrecerle sacrificios, mientras él le suplicaba que protegiera a su nación de los macedonios. Entonces Dios "le aconsejó en un sueño... que mostrase valor, engalanara la ciudad y abriera las puertas; que el resto (de los habitantes) se presentase vistiendo ropas blancas, pero que él y los sacerdotes debían acercarse al rey con los hábitos propios de su orden y sin temor alguno, puesto que la providencia divina los protegería... Alejandro, al ver a la distancia a la multitud de blanco, a los sacerdotes vestidos de elegante lino y al sumo sacerdote en sayo de púrpura y escarlata, con su mitra en la cabeza, portando la tabla dorada sobre la cual estaba grabado el nombre de Dios, se aproximó él mismo y saludó, primero, al sumo sacerdote. También los judíos, todos juntos y a una voz, saludaron a Alejandro, rodeándolo". Al preguntarle Parmenión por qué había hecho eso, él, a quien todos reverenciaban, Alejandro respondió: "No adoro a éste, sino al Dios que lo honró con su elevado sacerdocio; pues sucede que cierta vez, estando en Dio de Macedonia, vi en sueños a esta misma figura, con el mismo hábito, y mientras meditaba en cómo dominar Asia, me exhortó a que, sin más dilación, cruzara intrépidamente el mar hacia acá, puesto que ella conduciría a mis ejér-

bitos y me daría el poder sobre los persas . . . Y en cuanto hubo dicho esto a Parmenión y dado su mano derecha al sumo sacerdote . . . entró a la ciudad. Y cuando encaminóse al Templo ofreció sacrificio a Dios, según las instrucciones del sumo sacerdote, y trató magníficamente lo mismo a éste como a los demás sacerdotes. Y cuando le enseñaron el libro de Daniel, donde éste declara que uno de los griegos ha de destruir el imperio de los persas, supuso que él era la persona designada". Al día siguiente —prosigue Josefo— Alejandro preguntó a la gente qué favor deseaba recibir, respondiendo el sumo sacerdote que querían disfrutar de las leyes de sus antepasados y eximirse de tributos, lo cual les fue concedido por el rey. Dícese, además, que, prohibiéndoles su religión a los hebreos exhibir estatuas en el Templo, no erigieron la de Alejandro, pero, en cambio, lo honraron bautizando con su nombre a todos los niños varones nacidos ese año. Por último, muchos judíos se alistaron a enrolarse en el ejército macedonio, bajo la promesa personal de Alejandro de respetar sus códigos tradicionales y permitirles vivir de acuerdo con ellos. Véase *The Works of Flavius Josephus*, libro XI, cap. viii, p. 243 y ss. "Esta información de Josefo no se la encuentra en ninguna otra fuente antigua relativa a Alejandro, así que su credibilidad es sumamente dudosa". A. B. Daskalakis, *ob. cit.*, p. 245, nota 1; véase también J. G. Droysen, *ob. cit.*, pp. 184 y 446 y s., nota 8; S. Dubnow, *Manual de la historia judía*, trad. por S. Resnik, Buenos Aires, Ed. S. Sigal, 1962, p. 196.

⁷² Singular relevancia entre los profetas del Antiguo Testamento se concede en el mito al notable orador Jeremías, que consagró su vida a la defensa de los oprimidos y la salvaguardia de la tradición y la ortodoxia hebrea. En efecto, mientras Judea sufrió el yugo egipcio del faraón Neco, atacó a las autoridades y a la oligarquía judías que, coludidas con el extranjero, expoliaban a sus propios hermanos, luchando al mismo tiempo contra los que él llamaba "falsos sacerdotes". Luego después, habiendo previsto la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, Jeremías, que amaba apasionadamente a su país, consoló a los suyos en Babilonia, instándolos a sobrellevar con paciencia el cautiverio, única forma de librar a la patria del desastre definitivo. Por último, refugiado con los insurgentes en Egipto, alzó su voz para que retornaran a las costumbres y la religión tradicionales todos cuantos habían cedido, en el nuevo medio cultural, a las creencias y los usos ajenos. Los padeceres del pueblo judío —predicaba Jeremías— terminarían por purificarlo y hacerlo acreedor de la misericordia divina, ganando el consiguiente derecho a regresar a la tierra de sus antepasados.

⁷³ Son los bienaventurados, quienes viven en los Campos Elíseos o Islas de los Bienaventurados, dos denominaciones para designar un mismo lugar. En la *Iliada* (xxiv, 544), Homero lo identifica con Lesbos, el país de Macar, hijo de Helios y de su amante Rodos, rey por quien la isla se llamó Macaria. En la *Odisea* (iv, 563), los Campos Elíseos están "al extremo de la tierra . . . Allí los hombres viven dichosamente, allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el Océano manda siempre las brisas del Céfito, de sonoro soplo, para dar a los hombres más frescura". Hesíodo, por su parte, en *Los trabajos y los días*, al desarrollar el mito de las generaciones humanas y referirse a la cuarta generación,

la heroica y justa, dice que ésta fue recompensada por Zeus. Efectivamente, a aquellos que sobrevivieron en las guerras de Tebas y Troya, el rey de los dioses los condujo en vida a las Islas de los Bienaventurados, situadas en los límites de la tierra, "a los bordes del profundo océano, donde habitan ellos sin preocupaciones . . . , héroes dichosos a quienes la tierra fértil obsequia dulces frutos que maduran tres veces por año". Al principio el acceso a los Campos Elíseos se limitaba nada más que a ciertos elegidos de los dioses, pero posteriormente vino a significar la morada de premio para todos cuantos hubieran hecho méritos morales en la vida, es decir, equivalió al paraíso. Véase Hesíodo, *Los trabajos y los días. Introducción, traducción y notas*, por Fotios Malleros, Santiago, Ed. Universitaria, 1962, p. 76 y s., y nota en p. 78 y s.

⁷⁴ Es evidente que este episodio alude a la historia bíblica protagonizada por el joven pastor y arpista David de Bethlehem, representante de la tribu de Judá, y el gigante Goliath, paladín de los filisteos, quienes decidieron, mediante singular combate, la suerte de sus respectivos pueblos. Provisto tan sólo de un palo, una honda y cinco guijarros alisados, el pequeño David —que aquí en el mito es identificado con Jesús de Navi (el Profeta)— derribó a Goliath de un certero golpe de piedra en la frente, decapitándolo luego con su propia espada. Transformado en adelante en un temible guerrero, David sufrió la persecución de su envidioso protector, el rey Saúl, y fue a buscar refugio a Nob, la "ciudad de los sacerdotes", en cuyo altar sagrado se guardaba la espada de Goliath, la que le fue entregada por el sumo sacerdote. En cierta ocasión, habiendo el rey ido a dar a la cueva donde se escondía David, éste, "calladamente cortó la orilla del manto de Saúl", pero sin atentar contra su vida "porque es el ungido de Jehová". Tras el suicidio de Saúl y de varias guerras intestinas, David es coronado rey de todas las tribus hebreas, a la edad de treinta años, y va a gobernar magníficamente durante cuarenta. Véase *1º y 2º de Samuel*.

⁷⁵ El episodio es histórico, salvo que la acción no transcurre en Egipto sino en Tarso de Cilicia, durante el caluroso verano de 333 a.C. A consecuencias de haberse bañado en las frías aguas del río Cidno, Alejandro contrajo fiebre muy alta, peligrando su vida. Ante la desesperación de sus doctores, uno de éstos, el acarnanio Filipo, le preparó una pócima que aquél bebió confiado en tanto le mostraba al médico una misiva secreta en la que lo prevenían contra éste, supuestamente sobornado por Darío para asesinar al emperador. Sin alterarse, Filipo pidióle a su rey que aguardase el efecto de la medicina, gracias a la cual en realidad mejoró pronto. Véase Plutarco, xix; Arriano, ii, 4, 8-11; Quinto Curcio, iii, 4 y 5, p. 77 y ss.

⁷⁶ Se quiere en el cuento, escrito originalmente en Egipto, adular el sentimiento patriótico de los egipcios, viendo en Alejandro al sucesor por linaje de los faraones. La base histórica radica, sin duda, en el respeto y los honores que aquél brindó al influyente cuerpo sacerdotal y a las divinidades locales, como cuando en Menfis ofreciera sacrificios a Apis y demás dioses de la nación, o cuando viajó especialmente, a través del arenoso desierto, al distante templo de Ammón, situado en el actual oasis de Siwah o Siouah (véase nota 9).

⁷⁷ Dada la importancia de la satrapía de Egipto, Alejandro tuvo la precaución de no concentrar el poder en una sola mano, separando la administración civil de la militar. Instaló un bien equipado contingente en la plaza de Pelusion, dividió el mando de las fuerzas terrestres entre los estrategas Peucestas y Balacro, y confió el de la flota a Polemón; a los nomarcas o jefes de distritos dejóles el encargo de "gobernar sus nomos tal como se ha consagrado desde tiempo antiguo". Véase Arriano, iii, 5, 4-5.

⁷⁸ Famosos fueron desde la época de Nabucodonosor los canales de drenaje, comunicación y riego de Babilonia, abiertos merced a un sistema de participación obligatoria de la comunidad bajo la vigilancia de las autoridades de gobierno y la dirección de expertos ingenieros. Estas obras, que se conservaban durante los tiempos de Alejandro, serían complementadas por éste mediante nuevas construcciones. Así, "hizo en Babilonia una excavación amplia a fin de que fuera rada para mil barcos de guerra, y levantó cobertizos para las embarcaciones en el puerto" (Arriano, vii, 19, 4). Además, "ahí donde la corriente del Eufrates voltea hacia el (canal de) Palacopas, decidió cerrar firmemente la pérdida de flujo. Según avanzó alrededor de treinta estadios, la tierra se veía mezclada con piedras, de modo que si se excavaba con el propósito de unir (el nuevo canal) con el antiguo de Palacopas, se lograría impedir el derrame del agua, gracias a la solidez (del lecho y de la orilla) del suelo, y la desviación de aquélla a la hora determinada se haría con facilidad" (*Ibid.*, vii, 21,6).

Conocido es que Alejandro ocupó Babilonia sin derramamiento de sangre, pues las puertas de la urbe le fueron abiertas y los notables, con presentes y flores, salieron a su encuentro para entregársela junto con sus ricos tesoros. Sin embargo, la anécdota referida en el mito no carece de veracidad histórica, salvo que sucede dos siglos antes, cuando el sitio y la toma de Babilonia por Ciro, en 538 a.C. En efecto, al advertir el gran conquistador persa que tanto la ciudad como la ciudadela eran inexpugnables, desistió de asaltarla e hizo cavar bajo sus cimientos un canal hasta el Eufrates, que la atravesaba; así desvió el curso de las aguas, y una noche, aprovechando que los habitantes concurrían a una fiesta en honor a su dios, penetró triunfante con sus ejércitos por el lecho casi seco del río.

⁷⁹ En la mitología griega, Apolo es una personalidad multifacética que aparece como el dios de los augurios, la música y la poesía, a la vez que como protector de la gente joven, los trabajos campestres y el agro y de los navegantes; en cuanto personificación de la claridad y la luz, llegábasele a identificar con el mismo sol. En toda Grecia y por el litoral microasiático proliferaban sus santuarios y numerosas fueron, asimismo, las representaciones suyas, como, por ejemplo, la medalla con la efigie divina que mandó acuñar Antígono, uno de los generales y sucesores de Alejandro.

Dentro del panteón babilónico, Apolo corresponde, hasta cierto punto, al dios solar Šamaš, puesto que antes de la conquista macedónica, por obra de la evolución religiosa habida en Babilonia, los dioses mesopotámicos se depuraron de resabios fetichistas y otros rasgos característicos de estadios religiosos primarios, aproximándose así a la concepción grie-

ga, con su antropomorfismo y sus atributos consiguientes: existencia entre ellos de vínculos de parentesco, relaciones de cooperación y conflicto, expresión de sentimientos y pasiones, en fin, aventuras y peripecias y todas las conductas y sentires esperados de la condición y el hacer humanos, excepto por su inmortalidad. Estos dioses interactuaban también con los individuos y las colectividades, que les rendían devoción a la espera de ganar su favor y gracia. Los babilonios consagraban y mantenían templos para cada dios particular y practicaban las ceremonias del culto en continuas fiestas. Un cuerpo sacerdotal ad hoc oficiaba de mediador entre el fiel y la deidad, y, como en Grecia, los creyentes no tenían acceso directo al recinto sagrado del templo.

⁸⁰ Signo monetario muy valioso en la antigua Grecia, correspondiente a 36.000 óbolos, la unidad mínima de valor.

⁸¹ Sin lugar a dudas se trata del Sésostris de Heródoto (II, 102-110), a quien "Diódoro identifica con Ramsés II, en tanto otros suponen que su nombre corresponde al de Semusret III, el gran conquistador perteneciente a la XII dinastía, quien fue el primero en expedicionar a Siria. Al nombre de Sésostris se han asociado también logros debidos tanto a Tutmosis III como a Ramsés II, y todo ello en conjunto dio lugar a un personaje legendario, tal como ocurrió con la figura de Alejandro Magno".

Según los griegos, este Sésostris, que habría reinado entre 33 y 50 años, conquistó territorios más extensos que posteriormente el Alejandro histórico, abarcando, por ejemplo, toda Asia hasta Bactriana y la India, Etiopía y una parte de Europa oriental. Dominó muchísimos pueblos, les impuso tributos y les dejó, a cambio, justas y sabias leyes. De regreso a Egipto, cargado de tesoros, iba a estimular el progreso de las artes, las ciencias y la agricultura. Sésostris o "Sesoncosis, precursor de Alejandro en su papel de 'emperador del universo'... es, según la tradición, el fundador del culto de Sérapis; Alejandro, su restaurador". Bien sabido es, a todo este respecto, que ningún rey egipcio sobrepasó Babilonia o Asia Menor y, menos aún, las fronteras europeas. Véase Evángelos Pannetsu, *Heródoto, Historia. Texto antiguo, introducción, traducción, notas*. Atenas, Ed. I. P. Zacharópulos, 1939, t. I, p. 406, nota 3; *Pseudo Calístenes, Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia. Traducción, prólogo y notas* por Carlos García Gual, Madrid, Ed. Gredos, 1977, p. 86 y ss. nota 56; Arriano, *Indica*, 5.

⁸² "Detúvose —dice Quinto Curcio— por espacio de treinta y cuatro días aquel victorioso ejército del Asia... en aquella ciudad..., donde padeció mayor perjuicio que en alguna la disciplina militar, por lo que excede a todas en la suma corrupción de las costumbres y en los grandes incentivos y disposiciones que tiene para desordenados y torpes deleites" (V, I, p. 10).

Tal vez no esté de más, a modo de ejemplo de la influencia civilizadora del helenismo, recordar aquí la afirmación de Strabón (XI, 517), según la cual en Babilonia, "la primera gran ciudad verdaderamente oriental que veían" los macedonios, Alejandro procedió a eliminar la ley o costumbre de echar a los perros de la ciudad de Bactra a los ancianos y los enfermos, cuyos restos mortales ofrecían un espectáculo horroroso.

⁸³ Sin duda deformación de Bessos, gobernador de Bactriana que conspiró contra Darío, su pariente, y planeó hacerlo prisionero y entregarlo a Alejandro a cambio de asegurar la paz. Posteriormente iba a asesinarlo para librarse de él y huir a su provincia, desde donde pensaba seguir manteniendo la monarquía persa y organizar la resistencia a los macedonios. Afianzado en su satrapía de Bactriana, proclamóse rey de Asia, adoptando el título real de Artajerjes. Alejandro lo persiguió y, luego que su general Ptolomeo lo apresara, procedió a juzgarlo del modo como los persas procesaban a los regicidas, haciéndole mutilar la nariz y las orejas y crucificándolo.

⁸⁴ En la batalla del río Gránico, el noble persa Riosaces por poco mata a Alejandro al partirle el casco de un sablazo y herirle en la frente.

⁸⁵ Con el nombre de Dafne y sus derivados existían y existen numerosos pueblos en Grecia continental e insular. Sin embargo, en el mito, originado en Egipto, según se ha dicho, es probable que se esté haciendo referencia a los habitantes de la fortaleza de Dafne, emplazada en el extremo nordeste del delta del Nilo, frente a Pelusion, y mandada a construir por el rey Psamético, quien estableció ahí una guarnición de mercenarios extranjeros, principalmente carios y griegos de Jonia, para defender al país de las incursiones procedentes de Arabia y Siria. Desde el comienzo, Dafne había sido poblada por griegos, presenciando un rápido florecimiento que iba a llegar a término cuando éstos emigraron a la colonia de Náucratis, atraídos por el monopolio comercial que les concedió el faraón. En Dafne también buscaron refugio los hebreos que huyeron a Egipto tras la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor II en 586 a.C., llevándose con ellos al profeta Jeremías, muerto en ese lugar, y en cuya lengua la ciudad se denomina Tafnis (*Jeremías*, 42-44). En el cuento, no sería raro que "el rey de Persia, Jerjes... muerto por los dafnenses", correspondiera, en realidad, a Artajerjes III, el que, luego de reconquistar Egipto en 343 a.C. (véase nota 4), dejó un poderoso destacamento persa en Dafne, y a quien precisamente sucedió Darío III, autor de la frase comentada. De todas maneras, este Artajerjes, muy odiado por los egipcios debido a su crueldad y sacrilegios, murió a manos de su visir y hombre de total confianza, el eunuco egipcio Bagoa, el cual lo envenenó en connivencia con el médico de cámara del soberano (338 a.C.). El mando imperial pasó entonces a Bagoa, que iba en seguida a encontrar idéntico destino mediante una copa de vino intoxicado que le hizo beber Darío III Codomano. Por último, estas formas de entregar la vida coinciden con la que tuvo Jerjes I, quien, después de su fracasada invasión de Grecia, se entregó en Persia a una vida de molicie, cayendo asesinado por un favorito que ambicionaba el trono.

Dafne o Tafnis es la actual localidad de Tell-Defennéh.

⁸⁶ Era uno de los sátrapas fieles a Darío, que presentó hasta el fin heroica oposición y resistencia a Alejandro, defendiendo los restos del imperio persa cuando comenzaba a disgregarse después de la batalla de Gaugámela (331) y la retirada del rey. Más tarde Alejandro lo distinguió, confiándole cargos honrosos en la administración de su propio imperio. A Darío lo asesinaron sus sátrapas y parientes sanguíneos Bessos y Barsaentes.

⁸⁷ En enero del año 327, antes de iniciar su campaña índica, Alejandro sometió la comarca del río Oxus (Amu Daria), del Turquestán, de donde obtuvo abundante botín y prisioneros, entre éstos a la hija del príncipe bactriano Oxiartes, llamada Roxana, de quince años de edad, “la primera mujer de quien él se enamoraba”, y a la cual, se dice, desposó no por fines políticos, sino por su belleza y su talento, teniendo, al cabo de cuatro años, un hijo póstumo de ella. Independientemente, sin embargo, de que “el móvil inmediato de esta unión fuese el afecto personal, no cabe duda de que este matrimonio constituyó también una medida de alta política, un símbolo y un ejemplo, por decirlo así, de la fusión del Asia con Europa, en la que Alejandro veía la consecuencia lógica de sus triunfos y la condición de su perdurabilidad, la meta hacia la que tendía y que intentó alcanzar con una serie de medidas cada vez más amplias”. Pronto, tras la muerte del conquistador, tanto el niño como la madre cayeron asesinados en Macedonia por obra de Casandro (Diódoro, XIX, 105, 2-3; Pausanias, IX, 7, 2).

En realidad, Roxana fue la segunda esposa de Alejandro, pues la había precedido una hija del noble persa Artabazos y viuda de Memnón, de nombre Barsine, que también le dio un varón, Heracles, muertos ambos, asimismo, a manos del antiguo estratega Polipercón, en 309. Después todavía Alejandro casó con Estatira, la primogénita de Darío, y finalmente con la hija del antecesor de éste, Artajerjes III Ojos, la princesa persa Parisates. Según cuenta Plutarco (LXXVII), una vez muerto Alejandro, Roxana, que entonces estaba encinta, “como se hallase envidiosa de Estatira, la engañó por medio de una carta fingida, con el objeto de hacerla venir; llegado que hubo, le quitó la vida, y también a la hermana, y los cadáveres los arrojó a un pozo y después lo cegó”. Presumiblemente, idéntico fin habría tenido Parisates.

El escritor bizantino del siglo VI d.C., Malalas, en su *Cronografía* —obra no muy confiable como fuente histórica, pues adolece de abundantes anacronismos y alteraciones de cosas, hechos y personajes—, al referirse a Alejandro dice que tomó prisionera a la hija de Darío, Roxana, que era virgen, y la hizo mujer suya. Ioannis Malalas, *Cronografía*, en *Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*, Ed. B. G. Niebuhrii, Atenas, 1831, p. 194. Véase también Arriano, IV, 19, 5; 20, 4; VII, 4, 4; 27, 3; A. B. Daskalakis, *ob. cit.*, p. 120 y sig., nota 2; J. G. Droysen, *ob. cit.*, p. 292. Muchos siglos después, se decía aún “en Balac, según es tradición en la comarca, que Alejandro tomó por esposa a la hija de Darío”. Marco Polo, *ob. cit.*, XXXIII, p. 56.

⁸⁸ Según la tradición, la esposa de Darío, llamada Estatira, “la más bella de las mujeres de Asia”, habría fallecido al dar a luz siendo prisionera de Alejandro, quien le tributó en vida respeto y homenajes regioes, y a su muerte honras fúnebres espléndidas, a la usanza persa. Véase Quinto Curcio, IV, 8, p. 132 y ss.

⁸⁹ En Susa, Persépolis y Pasargadas, Alejandro encontró tal cantidad fabulosa de riquezas en oro, plata y otras especies, que “se dice fueron necesarios diez mil pares de mulas y tres mil camellos para moverlas”.

⁹⁰ En seguida de la victoria del Gránico, y a fin de asegurar su retaguardia antes de internarse en Asia, Alejandro emprendió la con-

quista de las provincias situadas sobre las costas occidentales y meridionales de Anatolia. Llegando a Sardes, sede de la rica satrapía de Lidia, vinieron a su encuentro las autoridades para hacerle entrega de la ciudad y de sus tesoros. Alejandro devolvió a los habitantes la libertad y las leyes de que los habían privado los persas y ordenó alzar un templo a Zeus Olímpico. Dícese que una súbita tormenta indicóle el lugar preciso para ello, que resultó ser justo el terreno donde se emplazaba antiguamente el palacio del opulento rey Cresos. Según Heródoto (1, 46), este monarca, temiendo enfrentarse al peligro del poderoso Imperio persa de Ciro, había enviado emisarios a consultar los oráculos de Grecia y el de Libia.

⁹¹ Con todo que Alejandro ejercía una atracción de magnetismo casi animal sobre sus seguidores, no escasearon, sin embargo, en las filas del ejército las quejas, el desaliento y el temor, a consecuencias de estar los hombres por años sujetos a las tensiones de una guerra sin señales de terminarse, sintiendo en la salud y el ánimo el efecto de climas tan extraños, acosados no pocas veces por el hambre y las pestes, hostigados de continuo por tribus belicosas que defendían sus hogares, e internándose más y más en las profundidades de un mundo desconocido, muy distante del suelo patrio. El anhelo creciente del retorno a éste y de disfrutar de las riquezas adquiridas tomó cuerpo, por ejemplo, en la voluntad unánime de no ir más allá del río Hifasis, afluente oriental del Indo, que, después del triunfo del Hidaspes, Alejandro quería a toda costa traspasar. "Ellos habían entendido la conquista de Persia; pero ahora no sabían qué es lo que estaban haciendo o adónde estaban yendo; deseaban ir a la patria". En esa ocasión, pues, el rey vióse obligado a ceder y a ordenar el regreso a Persia.

A este motivo de malestar de las tropas regulares sumábanse los no menos importantes emanados de los cambios que se venían produciendo en la personalidad del monarca, y de las medidas derivadas de su política de fusión de los mundos oriental y occidental. Símbolo de esa política fueron las bodas de Susa, en que tanto él como unos 80 de sus oficiales desposaron princesas iraníes y diez mil de sus hombres mujeres nativas, a todas las cuales dotó generosamente, y la reorganización del ejército que vino en seguida de esos esponsales, mediante la cual los contingentes persas y otros, hasta entonces auxiliares, se asimilaron, previo entrenamiento macedónico, a los cuerpos helénicos, igualándose griegos y asiáticos en todos los mandos y calidades.

Surgió de esta manera vivo descontento entre los soldados y los oficiales, sobre todo entre los restos que iban quedando de veteranos macedonios habituados a la intimidad y camaradería con su príncipe, dentro de la concepción democrática original, tan propia del espíritu helénico. Esta resistencia encontró expresión en el motín estallado en la ciudad de Opis, sobre el Tigris, revuelta que Alejandro sofocó pacíficamente, echando mano a una de sus apasionadas arengas y a otros recursos efectistas, de modo que el episodio llegó a feliz término en medio de un banquete multitudinario de reconciliación.

Refiriéndose a estos acontecimientos, dice Quinto Curcio que las frecuentes conspiraciones y los intentos de sedición contra Alejandro se originaron "de haber imitado en todos los estilos y costumbres a los

persas . . . y de que habituase a los suyos a los usos de los vencidos". En efecto, "empezó a despreciar las costumbres de su patria, deponiendo su loable disciplina, su moderación en el vestir y el regular orden de vida de los reyes de Macedonia, cuya observancia juzgaba ya indigna de su grandeza, y siguió el fausto de los reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevía a querer competir con la gloria de los mismos dioses. Gustó de que los vencedores de tantas naciones se postrasen a sus pies a quienes acostumbró a ejercicios viles y bajos, tratándolos como a esclavos. Cifó su frente de una diadema de púrpura, mezclada de blanco, como la había traído Darío, y púsose la ropa persiana, sin advertir de cuán infausto presagio suele ser para el vencedor tomar el traje del vencido" (VI, 1, p. 43 y ss.; VI, 2, p. 50).

⁹² Esta "reina Sebira . . . que goza de tanto renombre en el mundo", no puede ser otra sino Semíramis, la atrayente figura verídico-mitológica que la historia asiria identifica como su reina Samuramat, y quien dirigiera, en difíciles circunstancias, los destinos del imperio, de 809 a 806 a.C., durante la minoridad de Adadnirari III. Muerto el emperador Samsi-Adad, ella se dio "el valor de osar lo que hasta entonces ninguna mujer había intentado en Asiria": asumir el trono y, gobernando con mano firme, llevar adelante obras civiles y militares, e incluso, dirigir victoriosamente guerras en contra de los medos y otros pueblos asiáticos. El recuerdo de sus proezas, unido al de las peripecias de su tormentosa vida privada, debía transportarla hasta los dominios de la leyenda, desde donde se le adjudicarían lo mismo crímenes que grandezas; entre otras cosas, por ejemplo, las fundaciones del Imperio asirio y de Babel, el trazado de puentes y canales, la construcción de los jardines colgantes de Babilonia y la conducción de campañas guerreras para someter a libios, etíopes e hindúes. Mujer ambiciosa, bella, sensual y libertina, pasaba por haber eliminado a su propio hijo, amén de incontables amantes, y haber vivido inmersa en las más desenfundadas orgías, simbolizando, en suma, "aquella civilización asiria que pareció a los griegos, con razón, gigantesca, bárbara y obscena, con sus inmensas ciudades, sus matanzas y su prostitución ritual".

Cuenta Quinto Curcio (IX, 3), que cuando Alejandro instaba a los macedonios a que siguieran avanzando en los territorios índicos, les decía en sus arengas que esa era "una región a la que hicieron célebre las ilustres acciones de una varonil mujer", y agregaba: "¿Qué ciudades no fundó Semíramis? ¿Qué pueblos no redujo debajo de su obediencia y qué magníficas obras no hizo? Aún no hemos igualado a la gloria de una mujer, y ya nos contentamos con lo que hemos obrado". Al volver de la India, cruzando el espantoso desierto de Gedrosia, en donde el ejército habría de sufrir penurias incomparablemente peores que todas las pasadas hasta entonces, Alejandro no tomó esa ruta por ignorancia, sino, como sostiene Arriano (VI, 24, 2) —y en ello coincide la mayoría de los historiadores— "porque había oído decir que nadie hasta entonces la había pasado a salvo con un ejército, excepto Semíramis, cuando huía desde India. Los nativos dicen que incluso ella salió de ahí con apenas veinte hombres de sus tropas; y que Ciro, el hijo de Cambises, escapó con sólo siete de los suyos . . . Cuando Alejandro recibió estas noticias, se dice que se apoderó de él el deseo de aventajar a Ciro

y a Semíramis". Véase también Heródoto, I, 184 y III, 155; Strabón, II, 1, 31.

⁹³ Cumpliendo su décimo trabajo, Heracles debió ir en busca de los bueyes de Gerión, aquel monstruoso gigante que habitaba en una isla situada al fin del occidente, "al otro lado del río Océano". En el viaje de ida y vuelta el héroe cruzó el norte de Africa y Europa, "donde encontró muchos pueblos salvajes", y para perpetuar la memoria de esa expedición fueron alzadas sendas columnas en los dos montes que están en el estrecho donde confluyen ambos continentes, o sea sobre las rocas de Gibraltar y de Ceuta. En lo que toca a Alejandro, sabido es que si bien no vivió suficiente para llegar hasta ese extremo del mundo, en cambio sí que lo hizo su fama, y tan pronto como inmediatamente después de su resonante victoria sobre la poderosa y renombrada ciudad comercial de Tiro.

⁹⁴ Corresponde la referencia al mito de Prometeo, uno de los más difundidos entre los griegos, sobre aquel titán que se atrajo el encono de Zeus y que simbolizaba la astucia y la inteligencia. Como benefactor de la humanidad, devolvió a los hombres el "fulgurante fuego, universal artífice" de que los privara Zeus, robándoselo a éste; salvólos también del diluvio que había precipitado el Cronida con el propósito de exterminar al género humano; de Prometeo, en fin, recibieron los mortales "la facultad de vivir". La venganza del rey de los dioses sobre "este alborotador del pueblo" fue despiadada: lo hizo encadenar por Hefesto, "con invencibles trabas de diamantinos lazos", al pico más elevado de las montañas caucásicas, "en el postrer confín de la tierra en la región escita, en un yermo inaccesible", ahí donde un águila le devoraba el hígado, renovable cada día, por una eternidad, suplicio del que debía salvarlo Heracles al cabo de treinta años.

Relata Quinto Curcio (VII, 1, p. 57) que "pasó el ejército el Cáucaso en diecisiete días y vio la roca, que tiene diez estadios de circuito y más de cuatro de altura, donde fue aprisionado Prometeo, si damos crédito a los poetas. Eligió el rey una llanura al pie del monte, donde edificó una ciudad, y dejó para que la poblasen siete mil esclavos y todos los soldados inútiles, los cuales le dieron también el nombre de Alejandría".

⁹⁵ Puede que se trate de Andrómeda, hija del rey Cefeo de Etiopía, y cuya madre Casiopea alardeaba de sobrepasar a las Nereidas en belleza, por cuya causa Poseidón lanzó sobre el país un monstruo marino que sembraba la destrucción. Consultóse, entonces, el oráculo de Zeus Ammón, quien aconsejó inmolar a Andrómeda a la voracidad de la fiera, en cumplimiento de lo cual Cefeo la ató a una roca. La intervención del amor, empero, en la figura del héroe Perseo, rescataría a la princesa, que se trasladó a Grecia convertida en la esposa de aquél.

Puede también que sea Hesíone, hija de Laomedonte, uno de los más antiguos reyes de Ilión. Este había amurallado la ciudad mediante el concurso de Hermes y de Poseidón, pero como olvidase cancelar lo convenido, el dios oceánico tomó venganza en los troyanos, haciendo que un monstruo acuático los devorara. Ante la necesidad de aplacar su justificada ira, y siguiendo la prescripción oracular del caso, ofrecióse en sacrificio a Hesíone, abandonándola atada a un peñasco a merced

de la bestia, de la que habría de salvarla finalmente Heracles. Tiempo después, cuando este héroe regresó a Troya, ahora en son de conquista armada, casó a la joven con Telamón, futuro padre del homérico Ayax, "de los guerreros el más valiente mientras duró la cólera de Aquiles".

⁹⁶ Todo este largo episodio sucede realmente en la India y tiene su origen en el encuentro de los macedonios con grupos de sabios ascetas que vivían en la selva y los llanos dedicados a la meditación. Los griegos los llamaron gimnosofistas, "sabios desnudos", debido a su falta casi total de vestimenta, y los descubrieron por primera vez cuando la flota exploradora que había hecho construir Alejandro navegaba los turbulentos afluentes del Indo, el Ascenes y otros, en demanda del desconocido océano. Mientras luchaba para apaciguar a malios, oxidracios y demás belicosos pueblos ribereños, "vinieron a su poder diez de los filósofos gimnosofistas . . . y como tuviesen fama de que eran muy hábiles en dar respuestas breves y concisas, les propuso ciertas preguntas oscuras, diciendo que primero daría la muerte al que más mal respondiese . . . , intimando al más anciano que juzgase" (Plutarco, LXIV). Según refiere Arriano (VII, 1,5), Alejandro capturó a unos filósofos hindúes mientras caminaban por el campo abierto, donde solían pasar su tiempo. "Al verlo a él y a su ejército, ellos no hicieron otra cosa que golpear con sus pies sobre el suelo donde estaban. Cuando él, a través de intérpretes, les preguntó cuál era el sentido de esa acción, respondieron lo siguiente: Oh, rey Alejandro, cada hombre posee tanta porción de tierra cuanta en este momento pisamos. Tú, empero, siendo sólo un hombre igual que el resto de nosotros, excepto que eres entremetido y arrogante, has cruzado una distancia tan enorme del mundo desde tu propia tierra, perturbándote tú e importunando a los demás; pero cuando pronto mueras solamente tendrás la cantidad de tierra suficiente para enterrar tu cuerpo en ella". Alejandro, como admirador de la sabiduría que era, se entusiasmó con estos fakires y "reunió alrededor suyo a todos los hindúes que eran muy inteligentes en el arte de la medicina", a fin de que atendieran a sus tropas (Arriano, *Indica*, 15); incluso invitó a incorporarse a su expedición a un penitente, a quien, por la forma como saludaba, llamaron Cálanos, y con el cual solía dialogar junto con los nobles macedones. La única vez que Cálanos cayó enfermo pidióle a Alejandro que lo dejara morir en la hoguera y, despidiéndose de los generales, predijo la muerte de éste al decirle: "nos encontraremos de nuevo en Babilonia".

⁹⁷ "La Tierra de las Tinieblas no era un país puramente mítico; es el nombre dado en los tiempos medievales, y tal vez en los anteriores, a las regiones subárticas de lo que ahora es la U.R.S.S.", J.A. Boyle, *ob. cit.*, p. 224.

⁹⁸ Hijas de Nereo y Doris, formaban parte del séquito de Poseidón; Tetis, madre de Aquiles, fue la más célebre de ellas. Aquí en el mito se las confunde con las sirenas, esos monstruos marinos de cabeza de mujer y cuerpo de ave, que con sus armoniosos cantos trataron de seducir a los argonautas y a Ulises cuando sus navíos atravesaban los estrechos escollos de Caribdis y Escila. En el caso de los argonautas, fueron justamente las Nereidas, ninfas amables y protectoras de los navegantes, quienes los salvaron, guiándolos entre esos arrecifes. En cuanto a Ale-

jandro, luego que hubo sacrificado a los dioses y rendido homenaje a los aqueos que cayeron en Troya, al surcar las aguas del Helesponto ofrendó un toro a Poseidón y a las Nereidas, repitiendo esta ceremonia al internarse en el océano Indico, de vuelta del oriente. Véase Arriano, I, 11, 6.

⁹⁹ Muy populares en la mitología griega fueron los centauros, ágiles criaturas mitad hombre y mitad caballo. Los había de variadas especies y diversos orígenes, siendo la más noble aquella a que pertenecía Quirón, célebre por su sabiduría, maestro de Asclepio y de Aquiles. Grandes gustadores del vino, integraban el séquito de Dionisios, haciéndose notar por su lascivia. Sus peripecias tienen de escenario a toda Grecia, pero sobre todo Tesalia y el norte del país, en general.

Los centauros habían luchado anteriormente con otras figuras épicas griegas, como ser Teseo y al antecesor de Alejandro, Heracles, "el más famoso de los héroes helenos". En efecto, mientras éste cumplía su tercera prueba consistente en dar caza al jabalí de Erimantos, fue atacado por aquéllos, mas no con "flechas con puntas de diamante", como al macedón, sino valiéndose de inmensas rocas, descomunales troncos de árboles y antorchas encendidas, según correspondía, por lo demás, a una época muy pretérita, entonces cuando la fuerza física era el recurso de guerra principal.

¹⁰⁰ Se refiere al turbante, esa prenda de vestir consistente en una larga y angosta pieza de tela con que los hombres de ciertos pueblos orientales se envuelven, cubren y adornan la cabeza. Antiguamente se usaban turbantes de fierro también, para proteger a los guerreros. "Megastenes dice que en los tiempos antiguos los hindúes eran nómades . . . y que se vestían con las pieles de las bestias salvajes que ellos mataban . . . , hasta que Dionisios vino al país y (entre muchas otras cosas) les enseñó también a vestir el turbante" (Arriano, *Indica*, 7).

¹⁰¹ Esa fue la primera vez que los griegos conocieron del uso masivo de elefantes como animales de combate; aquellos que los príncipes indios le ofrecían a Alejandro, éste los empleaba como medio de transporte. Serán sus sucesores quienes van a incorporar un cuerpo de tales bestias como instrumento de guerra en los ejércitos, según hicieron los Ptolomeos y los Seléucidas. Véase Pausanias, *Atica*, texto antiguo, introducción, traducción, comentarios, por N. Papachatzi. Atenas, I.N. Zacharópoulos, 1954, 12, 3.

¹⁰² Históricamente el episodio tuvo lugar en las orillas del Hidaspes, al que en el mito se rebautiza con el nombre del Alfeo, el río más largo y caudaloso del Peloponeso y uno de los cursos de agua divinizados en Grecia. Dice la tradición que era hijo de Océano y de Tetis, tenía dos altares en Olimpia, se le veneraba como dispensador de riquezas y usualmente se ofrendaban toros en honor suyo. Homero lo llama "sagrada corriente" y lo caracteriza como "el anchuroso Alfeo que riega el país de los pilios" (*Ilíada*, II, 592; V, 545; XI, 712, 726).

¹⁰³ Exageración recurrente en el mito, la que, un tanto aminorada, no es privativa del género literario novelesco, pues suele encontrársela en las historias nacionales que presentan a los ejércitos propios en desventaja numérica o de equipo comparados con los del enemigo, pese a lo cual o bien los vencen o les infligen más bajas. Así, ya Heródoto,

dejándose llevar del entusiasmo y el orgullo nacional, había sobrestimado las fuerzas de Jerjes que invadieron Grecia; y en lo que toca a Alejandro, desde una de sus primeras acciones de guerra, cuando atacó a los tribalos, figura aniquilando sobre tres mil de ellos, "sin otra pérdida que la de cincuenta hombres de sus tropas". Luego después, en el Gránico, "murieron de los enemigos entre todos veinte mil infantes y dos mil caballos, reduciéndose al mismo número el de los prisioneros...; de la parte de él fueron pocos...; porque de la infantería no pasaron de treinta, y de la caballería, de setenta y cinco". También en la batalla de Arbela cayeron, "según el cómputo que pudo hacer el vencedor, cuarenta mil persas y trescientos macedones"; y en el encuentro de Isos, donde positivamente los efectivos de Darío "no sumaban 600.000 hombres y no incluían 30.000 griegos, las pérdidas del ejército macedonio... se calculan en trescientos hombres de infantería y ciento cincuenta jinetes", mientras que "del ejército persa se dice que cayeron unos cien mil hombres".

¹⁰⁴ En el mito se traslada a la India presumiblemente una de las dos Heliópolis más conocidas: a) la que Alejandro cruzó en su camino a Menfis y que era afamada desde antiguo como sede del culto al sol, astro del que tomó el nombre y al que se había consagrado un templo; a esta ciudad se la recordaba, asimismo, por cuanto, según la tradición cristiana, hasta ella se habría trasladado la Sagrada Familia cuando huyó a Egipto. b) La Heliópolis de Siria, que fue durante un tiempo el más radiante centro del culto semítico de Baal y, posteriormente, célebre también por sus monumentos arquitectónicos en la época de los diádocos, de los romanos y los bizantinos.

¹⁰⁵ Evoca el duelo de Menelao y Alejandro Paris destinado a poner fin al asedio de Troya, decidiendo entre ellos el desenlace de la guerra (*Iliada*, III, 58 y ss.). Siguiendo a Arriano y a otros historiadores, Plutarco (LX) dice de Poro que "sobrepujaba la estatura ordinaria en cuatro codos y un palmo, y que montado se correspondía perfectamente con el elefante por la talla y robustez de su cuerpo". En el encuentro del Hidaspes, Poro perdió "poco menos de veinte mil" infantes y "hasta mil jinetes"; sin embargo, "no retrocedió como Darío" ante la derrota, sino que "insistió en continuar la lucha", pese a sus heridas. Impresionado Alejandro de su hermosura, gallardía, orgullo y espíritu de independencia, preguntóle cómo quería ser tratado, a lo que el príncipe indio contestó que regimiento. Alejandro hizo que conservara su reino, aumentándolo con territorios adicionales, y Poro fue en lo sucesivo un noble defensor suyo en calidad de sátrapa macedonio, hasta que cayó asesinado entre los años 321 y 315 a.C. Véase Arriano, v, 18 y 19, 1-3; Quinto Curcio, VIII, 10, p. 102 y ss.

¹⁰⁶ Tras la derrota del anciano Poro, Alejandro mandó fundar las ciudades de Bucéfala (véase nota 14) y de Nicea (victoria) y dio a sus tropas un descanso de 30 días, durante los cuales enterraron a los caídos, ofrecieron sacrificios religiosos y celebraron certámenes y fiestas.

¹⁰⁷ Las amazonas, guerreras hermosas y valientes, habían sido hijas de Ares y de la ninfa Harmonía; vivían en las inmediaciones del Ponto y se organizaban en un estado administrado sólo por mujeres, encabezadas por una reina, entre las que destacan los nombres de Hipólita y

Pentesilea. Una vez al año ellas se apareaban con los gárgaros, sus vecinos, y del resultado de esa unión conservaban nada más que a las niñas, eliminando a los varones o devolviéndolos a sus padres. Eran excelentes arqueras, y para poder lanzar sus flechas cómodamente se "comprimían el pecho derecho... y dejaban el izquierdo para amamantar a los hijos". Por lo general combatían de a caballo, aunque lo hacían de a pie también. Fueron memorables sus batallas con Heracles, Belerfonte, Aquiles y otros héroes. Teseo, por ejemplo, luchó contra ellas cuando éstas armaron una expedición sobre Atenas, acordándose al fin un tratado de paz. No obstante su fiera, las amazonas eran "mujeres muy templadas", tenían fama de hospitalarias y "amaban naturalmente a los hombres". Así, Aquiles amó a Pentesilea y Teseo a Antíope, de la que tuvo a Hipólito, hijastro infortunado de Fedra.

En su *Anábasis* (iv, 15, 4), Arriano cuenta que, hallándose Alejandro en Bactriana, vino a su encuentro Farasmanes, rey de los jorasmianos, "con mil quinientos jinetes. Decía, pues, Farasmanes que habitaba un país vecino a la tribu de los colcios y (al país) de las mujeres amazonas; y que si Alejandro quería emprender una expedición contra los colcios y las amazonas y someter a las tribus que moran hacia esta parte del Ponto Euxino, él se ofrecía tanto a señalarle el camino cuanto a llevar a efecto los preparativos necesarios para la campaña". Empero Alejandro rechazó tal idea, pues por entonces proyectaba dirigirse a la India. Más adelante (vii, 13, 2-3), Arriano agrega que Atrópates, sátrapa de Media, "le dio a Alejandro cien mujeres, sosteniendo que eran amazonas, las cuales vestían uniforme y portaban armadura de jinetes varones, excepto que cargaban hachas en vez de lanzas y pequeños escudos en lugar de adarga. Otros dicen que tenían el pecho derecho más pequeño y que lo mantenían descubierto durante los combates. A ellas, pues, apartó Alejandro del ejército para evitar que fueran perturbadas y ofendidas por los macedonios o los bárbaros, y les ordenó que anunciaran a su reina que él mismo iría donde ella a hacerle un hijo. (Según Diódoro xvii-77, en Hircania, cuando regresó Alejandro, y en donde también se entregaron los mercenarios griegos de Darío, vino a presentarse, con trescientas amazonas jóvenes, la reina de las amazonas, Zalistra, quien gobernaba en los territorios situados entre los países de los fácidos y los termodontes, para tener hijos. Y accediendo el rey a entrevistarse con ella y habiendo convivido trece días, la envió a su casa. Pero Diódoro más bien acepta cualquiera leyenda, que prueba su autenticidad)". Arriano, por último, pone fundadamente en duda la historicidad de este episodio. Véase también Plutarco (xlvi).

De las aventuras habidas entre amazonas y héroes griegos, la de Heracles y la de Alejandro, según figura en la presente versión del mito, coinciden en el hecho de que ambos consiguieron someterlas a obediencia sin necesidad de recurrir al empleo de la fuerza, con puros métodos persuasivos y pacíficos: así, Alejandro obtuvo de ellas tributo metálico y humano, y Heracles el cinturón de la reina Hipólita, obsequio personal del dios Ares y símbolo del poder que ella ejercía sobre su pueblo. Por desgracia, empero, intervino luego Hera, enemiga implacable de Heracles, la cual, "rabiosa al ver que aquella vez no había habido trifulca, no paró hasta armarla", matando éste equivocadamente a Hipólita.

¹⁰⁸ Reminiscencias de la leyenda del Minotauro, según la cual el rey Minos de Creta, como compensación por el asesinato de su hijo Androgeo, impuso a los atenienses durante nueve años un tributo anual de siete efebos y siete doncellas, a quienes encerraba en el laberinto con el fin de que los devorara aquel monstruo. Al cabo del tercer año los jóvenes fueron liberados por Teseo, el héroe ateniense por excelencia.

¹⁰⁹ Unidad de peso en el Imperio bizantino, equivalente a 32,4 kg. de oro. La cantidad imaginada en el mito como tributo anual de las amazonas no parece exorbitante si se considera que Justiniano gastó tres mil centenarios en la construcción de la basílica de Santa Sofía.

¹¹⁰ Este nombre podría resultar de una confusión espacio temporal más y referirse a los habitantes de Amastris o Amastrida, puerto de Paflogonia fundado por el año 300 a.C., el cual era erróneamente conocido por los cronistas bizantinos como "la isla de Amastrida". Desde el comienzo esta ciudad mostró enorme progreso debido a su ubicación geográfica privilegiada y a su excelente bahía, convirtiéndose en un centro de gran movimiento comercial. Durante los mil años del Imperio bizantino, Amastris fue tal vez la ciudad más importante de las costas septentrionales de Asia Menor.

Mucho menos probable es la relación del nombre con el de Amastris, la hija de Oxatres y sobrina por rama paterna de Darío III, princesa que cayó también prisionera de Alejandro y que éste dio en matrimonio a su general Crátero, durante la celebración de las bodas de Susa.

¹¹¹ Recuerda el descenso de Ulises a las mansiones del Hades (*Odissea*, XI), pero en tanto aquél encuentra héroes, reyes y almas notables que en vida dejaron historia, Alejandro contempla, además, a los dioses de los helenos sufriendo condena, según corresponde a la vocación monoteísta cristiana que se le atribuye en la presente versión del mito.

¹¹² Situado en los más recónditos abismos terrestres, es el Tártaro un lugar sombrío y glacial inmerso en tinieblas, a donde Zeus lanzó a los Titanes luego de vencerlos. Protegido por una muralla de bronce, se penetra ahí a través de una puerta férrea ante la cual montan guardia tres gigantes impidiendo toda salida a los prisioneros, quienes permanecen encadenados. Con el tiempo, el Tártaro vino a significar el recinto que se destinaba al suplicio de seres perversos y, más tarde, de todos los culpables. Corresponde a la noción de infierno.

¹¹³ El cronógrafo bizantino Malalas, natural de Antioquía, que indudablemente conoció algunas de las versiones del mito que entonces circulaban por los países del Cercano Oriente, refiere en los siguientes términos el episodio de Alejandro y Candace: Luego de apropiarse de los países indios y de hacer prisionero al rey Poro, se adueñó también del reino de Candace, la viuda aquella que gobernaba en lo más recóndito de la India. Alejandro —agrega Malalas—, además de enviar embajadores a los monarcas enemigos, acostumbraba ir él mismo, vestido de soldado, a observar a cada rey, y Candace, sabedora de esto, lo miraba de arriba abajo como al acecho para ver qué presencia y figura tenía. Parecióle que era corto de estatura, de dientes grandes y visibles, y que uno de sus ojos era verde y el otro negro. Tomó nota ella de estas características, y cuando le mandaron a los embajadores, habiendo reconocido a Alejandro por sus maneras, se paró delante suyo y le dijo:

Rey Alejandro, conquistaste todo el mundo y una mujer te conquistó a ti. Y él le respondió: Por la importancia y lo raro de tu prudencia, no te haré daño, como tampoco a tu tierra ni a tus hijos y a ti te tomaré por mujer. Al oír tales cosas, Candace cedió. De inmediato Alejandro la llevó consigo y entró a Etiopía y a otros países (*ob. cit.*, p. 194 y sig.). Como se ve, Malalas hace aquí una mezcla con los lugares geográficos, situando en el interior de la India el país de *Κανδακκης*. Preciso es señalar al respecto que "el nombre de Candace no designa a una reina como nombre propio; es el título que llevaban las reinas de Etiopía". Véase Carlos García Gual, *ob. cit.*, p. 191.

Naturalmente, ni Etiopía ni Nubia podían quedar marginadas de la fantástica novela del Pseudo Calístenes, pues, desde los tiempos faraónicos, ambos países estuvieron vinculados con Egipto, recibiendo influencias culturales, sobre todo sus casas reinantes. Cuando más tarde gobernaban Egipto los Ptolomeos, ellos dejaron de lado la vieja ambición anexionista de los faraones, mas no así los contactos con Etiopía, "abriendo al conocimiento de los griegos un país hasta entonces fuera de su alcance... Estos comenzaron a hacer viajes al lejano sur", dando lugar a una corriente de intercambio que transportaba al fastuoso ambiente ptolemaico exóticos productos africanos, y, a Nubia y Etiopía, los usos y valores de la civilización helenística.

¹¹⁴ Se pone en boca de Alejandro el conocido dicho de los espartanos de vencer o morir sobre las armas. Se sabe que la constitución de Licurgo hizo de éstos servidores incondicionales de la patria, y morir por ella fue desde entonces su mayor ambición. En cumplimiento de tal mandato, Leonidas y sus trescientos hombres inmolaron la vida en el paso de las Termópilas, acto que perpetúa la inscripción recordatoria mandada a grabar ahí por Simónides de Ceos: "Caminante, ve a decir a Esparta que aquí hemos muerto por obedecer sus leyes". Recordar los pormenores de esa hazaña agradaba sobremanera a los griegos, y durante siglos la imaginación popular la hizo suya, elaborándola y enriqueciéndola con nuevos hechos y dichos y aplicándola a situaciones históricas diferentes.

¹¹⁵ La exploración de las aguas terrestres y marítimas, el control de las rutas oceánicas y la apertura de otras nuevas, fueron empresas que ocuparon un lugar importante entre las ideas y las realizaciones de Alejandro, movido, según era, tanto por razones políticas y militares, cuanto económicas y culturales. Después de la campaña índica, y fijado ya el límite de la expansión hacia el oriente, debía resolver el problema de la integración de esos territorios con el resto de los países conquistados, a cuyo fin emprendió la tarea de establecer una vasta red de comunicaciones, proponiéndose, por ejemplo, entre otros los proyectos de investigar el mar Caspio para ver si conducía al del Norte y averiguar si por éste había algún paso al Indico; revelar los secretos de este océano, hacer el reconocimiento de la costa oriental del golfo Pérsico, enlazar Babilonia con los puertos fluviales indios y a éstos con los egipcios, circunnavegando al objeto la península arábiga. Para poner todas estas cosas en práctica, fabricó puertos y muelles, "construyó muchos transportes y lanchas" y "seleccionó a los fenicios, chipriotas y egipcios que venían siguiéndolo en, su expedición al interior, y de ellos hizo la tripulación de los barcos,

escogiendo a los que eran diestros en materias náuticas” (Arriano, *Indica*, 18) y designando en seguida a los capitanes de la flota. Según Plutarco, *LXVIII*, al regresar Nearco de su viaje “habiéndole oído referir Alejandro los sucesos de su navegación, se embarcó él mismo con ánimo de recorrer con una grande escuadra, partiendo del Eufrates, la Arabia y el Africa, y de penetrar en el mar interior por las columnas de Hércules”.

¹¹⁶ Dice la *Biblia* que Job, “hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”, vivió en la “tierra de Uz”, lugar éste cuya ubicación es incierta y que podría hallarse en Mesopotamia septentrional. Según Josefo (I, 6, 4), corresponde a Damasco y al país que sigue al sur. También se cree que, dada la dispersión del nombre, se trataría más bien de una denominación tribal y no geográfica. Véase *Job*, 1; *Enciclopedia Británica*, t. XXII, p. 918.

¹¹⁷ Reminiscencias del episodio de la *Odisea* (XXI, 404-430), cuando con la flecha de su arco Ulises atraviesa “desde el primer agujero hasta el último” de las hachas, ante el asombro temeroso de los pretendientes.

¹¹⁸ Del latín *modius*, medida de capacidad para granos, especialmente para el trigo, y que equivale a 9½ kg., aproximadamente.

¹¹⁹ Alejandro tenía en orgullo enviarle seguidamente a su madre parte de los despojos de guerra: cálices áureos, tapices purpúreos y demás objetos suntuarios.

¹²⁰ A fines del año 330, en Proftaria, capital de Drangiana, el macedonio Dimnos complotó contra la vida de Alejandro, haciéndose eco del malestar cundiente en las filas del ejército y entre los hetairas de la antigua nobleza caballeresca (véase nota 91). Se vio involucrado en la conjura, además de otros oficiales, el hiparca Filotas, acusado de complicidad pasiva. Abortado el intento, y tras el suicidio de Dimnos, procedióse a juzgar a los conspiradores en presencia del ejército constituido al objeto en asamblea, según la usanza macedónica, y Filotas fue ajusticiado a lanzazos. Luego después, Alejandro mandó asesinar al padre de aquél, el viejo y leal comandante Parmenión, estacionado al mando de las tropas en la guarnición de Ecbatana. Posteriormente atentó también contra la vida del rey el joven noble Hermolao, admirador de Calístenes y descontento, como éste, de la orientalización de Alejandro. Los conjurados, seis en total, fueron detenidos y torturados y, por sentencia del ejército, se los lapidó. Fue entonces, asimismo, que recibió muerte el historiador Calístenes. Describe estos hechos con sus pormenores Quinto Curcio, *VIII*, 3, 4 y 5, p. 76 y ss.

¹²¹ Tras la muerte de Efestión, su amigo dilecto y segundo hombre del imperio, a quien “hizo que se sacrificase como a un semidiós”, Alejandro abandonó Ecbatana rumbo a Babilonia, desestimando las prevenciones de los adivinos caldeos, “los cuales le advirtieron no entrase en aquella ciudad, porque corría grave riesgo su vida”. Una vez allí habría de comenzar con premura los preparativos militares y de otra índole para las próximas campañas marítimas y terrestres en dirección al sur y el occidente, aprestos que fueron amenizados con ininterrumpido despliegue de festejos. Así, al término de un suntuoso banquete que se ofreció en honor suyo en casa del tesaliense Medio, agotado ya por

tanta emoción reciente y los excesos a que se venía entregando, el rey enfermó de fiebre mortal, la que al no ceder durante cuatro o cinco días, puso fin a su vida.

Diversas fueron las versiones dadas entonces y después acerca de sus momentos postreros y de las causas de su fallecimiento. Arriano, por ejemplo —que se ajusta más a los hechos—, luego de referir lo antedicho, agrega: "Sé que muchas otras cosas se han relatado sobre la muerte de Alejandro, como ser que Antipatro envió veneno para él y que murió debido a ese veneno; y que incluso éste le fue procurado a Antipatro por Aristóteles, quien ahora le temía a Alejandro a raíz de lo de Calístenes. Se dice que lo trajo Casandro, el hijo de Antipatro, según algunos en la pezuña de una mula, y que se lo proporcionó al rey Iolas, su hermano más joven, que era el copero real y a quien Alejandro había ofendido poco antes de morir. Otros dicen que en este acto participó Medio también, porque era amante de Iolas y fue quien insinuó a Alejandro la idea del festejo; y que al beber su copa le vino un dolor punzante, debido al cual abandonó la reunión. Incluso hubo uno que ni siquiera tuvo vergüenza de escribir que cuando Alejandro diose cuenta de que ya no tenía más vida, fue a lanzarse al río Eufrates a fin de dejar a los posteriores —una vez desaparecido sin ser visto por los hombres— una fama más fundada sobre que debía su nacimiento a dios y que había partido hacia los dioses. No escapó, empero, a la atención de Roxana, su mujer, cuando trataba (a escondidas) de alejarse, y como ésta se lo impidiera, dijo, lamentándose, que ella le envidiaba su gloria eterna (al no dejarlo escapar) de volverse dios. Estas cosas las registró más bien para que no se piense que las ignoro, antes que por creerlas dignas de ser narradas" (VII, 27).

Similar a ésta en lo esencial es la versión de Quinto Curcio (x, iv), quien añade que, al hacerle Antipatro entrega a su hijo Casandro del veneno —"el cual se engendra en Macedonia, es tan eficaz y violento que consume al mismo hierro y no se puede llevar sino en la uña de algún mulo"—, advirtiéndole "que no se fiase de otro que de Medio y de sus hermanos Filipo y Iolas, que eran los que de ordinario le servían en la mesa, los cuales introdujeron el veneno en el agua, esparciéndole después el vino".

Finalmente, Plutarco (LXXVII) comenta que "los más creen que esta relación del veneno fue una pura invención, teniendo para ello el poderoso fundamento de que habiendo altercado entre sí los generales por muchos días, sin haberse cuidado de dar sepultura al cuerpo, que permaneció expuesto en sitio caliente y no ventilado, ninguna señal tuvo de semejante modo de destrucción, sino que se conservó sin la menor mancha y fresco". El cadáver quedó insepulto, en su lecho mortuorio, durante nueve días.

¹²² Heródoto, I, 5.

¹²³ Evocación de las inconsolables razones que Aquiles dijera a Ulises, cuando éste visitó el Erebo: "Preferiría ser labrador y servir a otro, o un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerse, a reinar sobre todos los muertos" *Odisea* (XI, 473-540).

¹²⁴ "Al cuarto día —escribe Quinto Curcio—, recelosos los hombres de que se les ocultaba su muerte", pidieron verlo, y, accediendo el rey

a sus ruegos y gemidos, les permitió entrar a su tienda "saludando uno a uno a sus soldados". Lo mismo asiáticos que griegos manifestaban idéntico dolor, "llamándole los persas 'el más justo y benigno dueño que tuvieron' y los macedonios 'el mejor y más valeroso príncipe del mundo'. Los persas lloraban con verdadera ternura y dolor la muerte de aquel príncipe, a quien no miraban ni como a vencedor suyo ni como a quien poco antes había sido su enemigo, sino como a su más justo y legítimo rey, confesando que desde que se estableció su monarquía no habían tenido otro que más dignamente que él mereciese su obediencia". Y esa tristeza compartida "dilatóse a toda aquella porción del Asia que está a la otra parte del Eufrates" (x, 5, p. 148).

El historiador Christos P. Zalocostas, adepto incondicional de Alejandro, ha reconstruido así sus últimos días: "Luchaban por salvarle la vida los mejores médicos de la época, encabezados por Cristóbulos, de la escuela de Hipócrates de Cos, y Pausanias, de la escuela de Cnido. 'Explicaron que, hacia los doce años, por causa de una acción descabellada, Alejandro deterioró su organismo, estropeado también por incontables heridas'. . . 'La maligna fiebre palúdica que atormenta al rey', dijeron los doctores, 'la conocemos de la descripción del gran Hipócrates. Hacemos lo justo. Basta que la constitución de Alejandro resista. No hay otro remedio'. Tales cosas dijeron los terapeutas, y entonces los generales volviéronse hacia los adivinos. Los ponían a sacrificar corderos, en busca de algún giro propicio de la enfermedad. Peucestas y Seleuco quieren trasladarlo al templo de Baal, a ver si sana con sus milagros secretos. Ptolomeo y los demás oran noche y día a Esculapio. Acostumbrados a que Alejandro juegue por todas partes con Caronte y se le escape, no pueden concebir que se apague tan joven en un lecho. Y los nervios del ejército están que explotan. ¿Vivirá? La idea de la muerte se nutre de la inquietud y cunde más y más. Los soldados no se alejan del palacio, gritan que al emperador lo envenenó su escanciador Iolas, hijo del regente Antipatro. . . Al atardecer del noveno día de la enfermedad, los falangistas quieren entrar a saber si Alejandro vive aún. Empujan furiosos a la guardia e irrumpen en el palacio. En cuanto les anuncian que el rey quiere verlos, se transfiguran, guardan silencio y, disciplinadamente, uno tras otro, pasan junto a él en puntillas. El levanta la mano y los saluda, pero pronto se cansa y entreabre los labios para mostrar que los reconoce. Un soldado raso. . . se inclina sobre el enfermo y le habla. Sus palabras expresaban tanto cariño, que los ojos del moribundo se colmaron de lágrimas. No pudo responderle, le dio la mano y aquél se la besó. Y entonces en su rostro estalló la pena, una amargura que era reflejo del dolor que le producía su estado. El desfile interminable del ejército duró hasta tarde. Ni uno sólo pasó sin pensar: ¡Ay, si pudiera cortar días de mi vida para dárselos a mi querido general!". Murió al decimoprimer día de su enfermedad. *Ob. cit.*, pp. 252 y ss.

¹²⁵ Agobiado por la fiebre, y ya en el umbral de la inconsciencia, Alejandro —que dejó muchas tareas inconclusas— no dispuso testamento ni medida alguna acerca de la sucesión o la repartición del imperio, por cuya causa al expirar estallaron de inmediato las disensiones y la rebelión en el seno del ejército.

¹²⁶ "Los escritores griegos y romanos concuerdan en que Alejandro fue sepultado en Alejandría, en un monumento brillante que, con el tiempo, fue rodeado por los monumentos de los Lágidas". Los restos mortales fueron transportados de Babilonia a Menfis, en donde permanecieron durante dos años, hasta que se diera término al mausoleo que mandó erigir Ptolomeo Lago en el centro de la ciudad de Alejandría. Este sepulcro, que se llamaba *Soma Alexandrou* (Cuerpo de Alejandro) lo visitaron posteriormente varios emperadores romanos, como Julio César, Calígula y otros. En los tiempos modernos, muchos escritores europeos se refieren en sus crónicas de viaje al lugar donde se encontraría la tumba del emperador macedón, la cual —dicen ellos— es muy respetada por los mahometanos, quienes le brindan a Alejandro honores correspondientes a rey y a profeta, según las enseñanzas del Corán.

El descubrimiento, más tarde, de un sarcófago en Sidón y de otro que se exhibe en el Museo Arqueológico de Constantinopla, ambos atribuidos a Alejandro, han creado dudas acerca del sitio exacto de su entierro, no obstante lo cual hasta el presente se llevan a efecto excavaciones en Alejandría en busca de sus despojos. Véase *Gran Enciclopedia Helénica*, "Alejandría (de Egipto)", t. III, pp. 587 y ss.

¹²⁷ Alejandro murió en Babilonia al atardecer del día trece de junio de 323 a.C., a la edad de treinta y dos años y ocho meses (Arriano, *ob. cit.*, VII, 28, 1). De éstos, reinó doce años y ocho meses. Según Malalas (*ob. cit.*, p. 195), habría vivido treinta y seis años y gobernado, dominándolo todo, diecisiete; mediante sus guerras, que se prolongaron durante nueve años, conquistó veintidós naciones bárbaras y trece de raza griega.

Notebooks on Alexander the Great

(Introduction, translation and notes)

Alejandro Zorbas D.

The Introduction presents a brief review of mythological and historical aspects concerning the Macedonian hero. Then comes the translation of one of the Greek versions of the legend of Alexander, edited by A.A. Pallis, known as the "Notebooks on Alexander the Great; his life, wars and death". After this translation there are numerous notes on characters, circumstances and places mentioned in the myth. The legend of Alexander steeped the Middle Ages both in the East and in the West, originating in an apocryphal novel published in Egypt during the 2nd or 3rd century A.D., and whose author is known under the name of Pseudo Calisthenes.

Through this translation the Centre for Byzantine and Neohellenic studies adds its efforts to the numerous homages offered to the memory of this great Greek conqueror both in Europe and in America in 1977, two thousand three hundred years after his death.

Alexander the Great is part of the elite of supermen who, through their lives and works, eliminate the boundaries between what is real and what is proper to fantasy. For this reason, among all those who have written about him there have been very few who have been able to escape the spell he cast, offering a proper model for those who idealize and glorify him, exalting him, for example, as being the "instrument of the central motor of Providence", or as "one of the supreme fertilizing forces of historical happening"; others have called him the "destructive barbarian of genius". In this way, Alexander imperceptibly crossed the threshold into legend, where his effigy has been surrounded by the greatest glory, not so much the one books and statues bear witness to, as that glory compounded by feelings and traditions surviving in the moving memories of peoples.

Henry Lowick-Russell